

Esta edición PDF
del **Papel Literario**
se produce
con el apoyo de



DICE VICTORIA OCAMPO: Lo primero que me llamó la atención fue su belleza, su particular belleza: la estructura de su rostro, los huesos, los arcos superciliares, el mentón; un mentón tan firme, tan decidido, que su boca de labios carnosos —una boca sensible y dolorosamente tierna— parecía una contradicción. Una contradicción con todo lo demás, a excepción de la mirada cuando se fijaba sobre algo demasiado alto para nosotros (...). La melancolía caracterizaba su rostro, en el que había algo más que melancolía. Virginia titilaba como una estrella.



HOMENAJE >> VIRGINIA WOOLF (1882-1941)

Tres biógrafos: Quentin Bell, Lyndall Gordon, Viviane Forrester

Comentarios
a solo tres de las
biografías de Virginia
Woolf traducidas
al español

Elogio a Quentin Bell

También me pregunté, antes de afrontar esta voluminosa lectura, cuán confiable podía ser la biografía escrita por un sobrino de la biografiada, en la que su madre y su padre, así como el conjunto del entramado familiar y de relaciones tienen una cualidad protagónica, recurrente y fundamental en cada trecho del recorrido. Me lo pregunté, además, porque el libro precedente que Bell publicó en 1968, *El Grupo de Bloomsbury*, guarda más una tonalidad ensayística, de precisiones conceptuales y escaso uso de la anécdota. De ese libro no cabría decir que es una biografía del grupo, más bien una aproximación histórica y cultural.

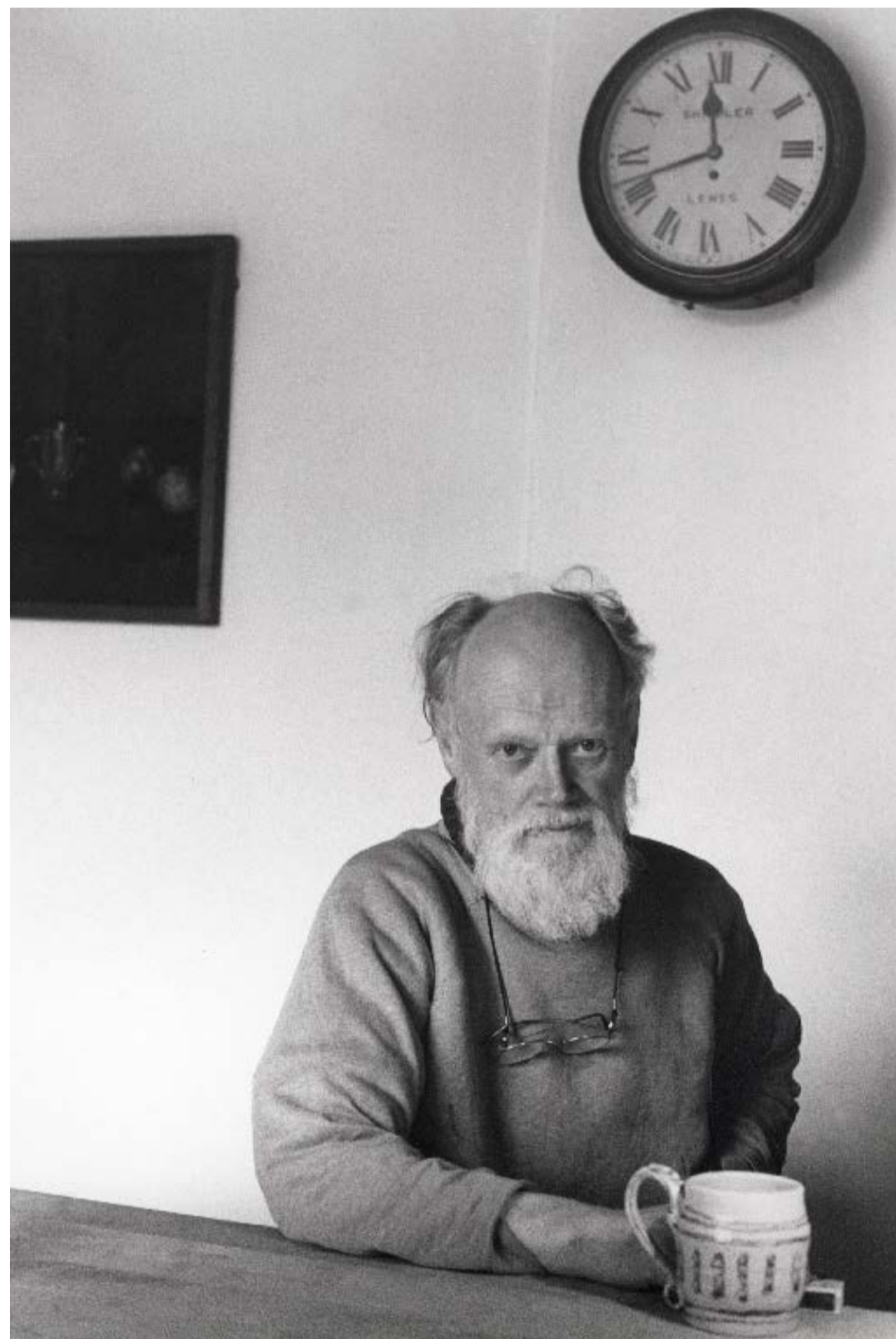
Cuando *Virginia Woolf. Una biografía* apareció en 1972, la respuesta fue de incredulidad y revuelo: revuelo porque ofrecía un retrato de la autora, pródigo de matices y relatos, ajenos a las imágenes fijas, a los clichés que existían de la autora inglesa. Incredulidad porque Bell, historiador del arte, había sorteado la prueba de exponer con rigor y criterio profesional los asuntos más peliagudos de la vida de Virginia, de su madre y su padre, y del resto de la familia. Bell se había subido al podio de la gran tradición biográfica de Occidente —la inglesa— con un libro excepcional, con lo que se constituía en el representante de la cuarta generación de los Stephens, que incursionaba con atributos propios en los territorios de la biografía.

Sir James Stephen (1789-1859), su bisabuelo, abogado y escritor, había sido el autor de un libro de fama en su tiempo, *Lecturas biográficas de los primeros jueces de Inglaterra*, en el que narra las vidas de 12 jueces; su abuelo, Leslie Stephen (padre de Vanessa y de Virginia, su madre y su tía respectivamente) fue, entre sus diversas facetas, editor del *Oxford Dictionary National Biography*; y su tía Virginia escribió una biografía de Roger Fry, decenas de artículos y ensayos biográficos sobre escritores, artistas y personas de proyección pública, más dos novelas de índole biográfico-ficticias. Uno de sus ensayos literarios más famosos se titula “El arte de la biografía”. Bell creció en una atmósfera donde el género biográfico era conversación, centenares de volúmenes, referencia cultural que cruzaba de una habitación a otra, y también vínculo vivo y renovable con esa rica tradición cultural inglesa.

Han transcurrido más de cincuenta años desde que Bell fijara las bases de la urbe biográfica dedicada a Virginia Woolf. Desde entonces se han añadido, como componentes de una ciudadela, edificios de varia forma y utilidad. Los hay que son meros resúmenes de las biografías señeras. También los que, además de resumir, pervierten, desconocen ciertos hechos y fabrican una Woolf distorsionada. Las hay que establecen caminos paralelos y se enfocan en cuestiones como la historia psíquica de Woolf, o examinan su vida a través de sus libros, o las que se concentran en temas específicos (como la relación con su hermana Vanessa). Sin embargo, ninguna rivaliza con la de Bell, por la profusión de sus fuentes, su sosegada y limpia aproximación a la inasible complejidad de Woolf, por el tino con que evita la especulación infundada, por la voluntad con que supera la tentación de ocultar los “secretos de familia”.

Lyndall Gordon: Woolf recuerda

Y también me pregunté si después de la biografía de Bell, que al posarse sobre el territorio Woolf lo ocupa casi en su totalidad, esta *Virginia Woolf. Vida de una escritora*, podría establecer un campo biográfico propio y diferenciado. Y resultó que Gordon, con un enfoque centrado en lo literario, lo simbólico y lo psicológico, avanza hacia la vida



QUENTIN BELL (1981) / ©TARA HEINEMANN

de Woolf, a través del prisma de sus novelas.

Lyndall Gordon —Suráfrica, 1941, biógrafa de Eliot, Charlotte Brontë y Emily Dickinson— asume de lleno lo que tanto se ha repetido: que las ficciones de Woolf se construyeron a partir de los hitos de su vida. Se aproxima con lupas de distinto grosor, como si las verdades sustantivas se hallasen depositadas, a veces de forma evidente, otras bajo veladas modalidades, en el trecho que va de *Fin de viaje* (1915) hasta *Entre actos* (1941), y en cuyo recorrido produjo obras fundamentales para esta búsqueda como *El cuarto de Jakob* (1922), *La señora Dalloway* (1925), *Al faro* (1927), *Orlando* (1928), *Las olas* (1931) y *Los años* (1937).

La tesis central de Gordon es que la vida y la obra de Woolf se fundamentan en los recuerdos: “Cuando las voces de los muertos la incitaron a hacer cosas imposibles, la condujeron a la locura, aunque controladas, esas voces se convirtieron en material de su ficción. Con cada fallecimiento aumentaba su conciencia del pretérito”. Transformó a sus seres queridos en personajes. En esos personajes y sus historias subyacen sus claves biográficas.

Capítulo a capítulo, Gordon teje un retrato de Virginia, que se aleja de los clichés que rodean el imaginario de Woolf: no era un espíritu sedentario, sino una enérgica ciclista, caminante y excursionista; más que una personalidad artística dispuesta a romper con el pasado, su aspiración era la de un renovador: quería que el fondo cultural victoriano aflojara sus cortas correas; más que feminista, sufragista, cooperativista o socia-

negaba, porque a menudo provenían de Leonard o de amigos).

Virginia Woolf. Vida de una escritora privilegia las ideas y no el anecdótico. El análisis de algunas de las obras —como ocurre con *Las olas*, a las que dedica más de cincuenta páginas— se prolonga ampliamente. Cuando se introduce en lo intrincado de la narración, la prosa de Gordon se espesa, se llena de una carga simbólica y metafórica, que desafía la resistencia del lector, solo que del otro lado de cada espesura aguardan más ideas, piezas para pensar en una Virginia Woolf desprendida del ropaje de los estereotipos.

El ensamblaje de Viviane Forrester

Novelista de largo oficio, Viviane Forrester (Francia, 1925-2013), ganó el Premio Goncourt en 2009 con la reedición de *Virginia Woolf: el vicio absurdo*, cuya primera edición circuló en 1973. Libro breve, organizado en siete capítulos focalizados en acotados racimos temáticos: Hogarth Press, la editorial creada por Leonard y Virginia Woolf; el mundo inmediato de relaciones; su vínculo y contribuciones al feminismo; el complejo ámbito donde locura y creatividad se interceptan (“Pero esta relación de la locura con el lenguaje, del lenguaje con la creatividad no deben hacernos ceder a la tentación romántica que nos haga olvidar el carácter físico, brutal, intelectual de las crisis experimentadas por Virginia”). Hay que agregar: de la entrevista que hizo a Leonard Woolf copia las palabras en las que describe cómo ocurrían los ataques de locura de Virginia. Un fragmento: “Su espíritu galopaba, hablaba con volubilidad y —en lo más agudo de la crisis— con incoherencia. Tenía alucinaciones y oía voces. En el curso de su segunda crisis, por ejemplo, me dijo que oía pájaros en el jardín que hablaban griego. Se mostraba violenta con las enfermeras”.

Forrester apunta: al poner el foco en la desventaja económica de las mujeres —que las hace dependiente de los hombres— (y que despliega con brillo en su famoso ensayo *Una habitación propia*, pero también con menos prestancia en “Tres guineas” y en varias conferencias como “Carreteras para mujeres” y otras), Woolf pulsa el nervio principal: “Virginia lucha por la liberación de la mujer, por su derecho a la autonomía (...)”.

Una anotación sobre el método narrativo de Forrester: sus comentarios (a veces en tonalidad cargada de lirismo) se intercalan con fragmentos de las palabras que recogió de entrevistas que hizo a Quentin Bell, James Joyce, Victoria Ocampo, James y Alix Strachey y a Leonard Woolf.

Prescindibles

Para cerrar: abundan las biografías de Virginia Woolf que pueden leerse como meros resúmenes, sin fundamento alguno en investigación propia. Hay algo distorsionador en ellas: se basan en la biografía de Quentin Bell, la empaquetan con prensa mecánica —a la fuerza— con lo cual desaparecen los matices, las interrogantes, los claros-curos que son signo de su vida. Breves volúmenes de lugares comunes y afirmaciones tajantes. El de John Lehmann, *Virginia Woolf* (Salvat Editores, 1995); el de Nigel Nicolson, *Virginia Woolf* (Grupo Editorial Random House Mondadori, 2002); y el de Alba González Sáez, texto que ha circulado con títulos ligeramente distintos: *Virginia Woolf: La escritora que revolucionó la novela y el feminismo de su tiempo* (RBA Editores México, 2019) y *Virginia Woolf: La revolución de la literatura* (National Geographic, RBA Revistas, España, 2022), son, en mi lectura, eso: prescindibles. ☺

**Virginia Woolf. Una biografía*. Quentin Bell. Traducción: Marta Pessarrodona. Prólogo edición de 2021: Andreu Jaume. Introducción a la edición de 1996: Quentin Bell. Editorial Lumen, Penguin Random House Mondadori Grupo Editorial, España, 2022.

**Virginia Woolf. Vida de una escritora*. Lyndall Gordon. Traducción: Jaime Zulaika. Gatopardo Ediciones. España, 2017.

**Virginia Woolf: El vicio absurdo*. Viviane Forrester. Introducción: Marta Pessarrodona. Traducción: Víctor Pozanco y Emilio Teixidor. Emecé Ediciones. España, 1978.

“
Han transcurrido más
de cincuenta años desde
que Bell fijara las bases
de la urbe biográfica
dedicada a Virginia
Woolf. Desde entonces
se han añadido, (...)
edificios de varia forma
y utilidad”

lista, sus causas intelectuales más persistentes se concentraron en tres grandes focos: el reconocimiento del valor que tenía el lector común; la gran tradición de la novela (se propuso equipar las contribuciones de los novelistas de ambos sexos); y su desprecio hacia la crítica literaria racionalista y académica. Gordon coincide con Bell: era ajena a las exigencias de la política (de hecho, varios de sus ensayos o conferencias de carácter ‘político’ no se produjeron como iniciativa suya, sino como respuestas a las que no se

HOMENAJE >> VIRGINIA WOOLF (1882-1941)

Virginia Woolf: cisne salvaje

La recapitulación que sigue tiene como surtidor principal la portentosa biografía escrita por Quentin Bell sobre su tía, Virginia Woolf. También se alimenta de las biografías de Lyndall Gordon, Viviane Forrester y Jane Dunn

NELSON RIVERA

En las generaciones anteriores de los Stephen –rama paterna–, había intelectuales: juristas y escritores. Leslie Stephen era el menor de cinco hermanos, niño que demandaba cuidados: sensible, frágil, amable, retraído, opacado por la luminaria de su hermano mayor, James Fitzjames Stephen, oso turbulento, abogado, escritor y filósofo, conocido por ser el pertinaz rival de John Stuart Mill (conviene anotar que el padre de James y Leslie fue el redactor de la ley que abolía la esclavitud en Inglaterra).

**

Leslie fue un alumno corriente, se hizo caminante y alpinista de fama europea. Cumplió con los requisitos e ingresó en Trinity Hall –el *college* más antiguo de la Universidad de Cambridge. Estuvo un tiempo, lo dejó y se fue a Londres a inventarse una vida. Hizo periodismo, se convirtió en vocero de la causa federal americana, se interesó por la filosofía y la crítica literaria. Era un liberal moralista. En 1882 aceptó la responsabilidad en la que volcaría su obsesión por el conocimiento: ser el editor del *Oxford Dictionary of National Biography*, “uno de los más grandes instrumentos de erudición del mundo”. Escribió ensayos y biografías de Thomas Hobbes, Alexander Pope, Samuel Johnson, Jonathan Swift y George Eliot.

**

Luego de enviudar en 1875 –su primera esposa, Harriet Thackeray, era hija de William Thackeray, autor del clásico *La feria de las vanidades*; tenían una hija, Laura, que sufría retraso mental–, en marzo de 1878, Leslie Stephen se casa con Julia Prinsep Jackson, hermosísima viuda que tenía tres hijos –George, Stella y Gerald. Había enviudado en 1870. De la unión de estos viudos nacieron Vanessa (1879), Thoby (1880), Virginia (1882) y Adrian Stephen (1883).

**

A diferencia de los Stephen, la historia familiar de Julia –la madre de Virginia Woolf– apenas puede resumirse: provenían de Inglaterra, Escocia y Francia; habían formado parte de la aristocracia; habían sido funcionarios en la India; los hubo ricos o figuras como Sarah Pattle, que cultivó un salón en las afueras de Londres, al que asistían Tennyson, Thackeray, Gladstone, Disraeli y otros intelectuales. A esa ramificada familia perteneció también Julia Margaret Cameron (1815-1879), pionera de la fotografía durante la era victoriana. Madre de seis hijos propios y varios otros adoptados, su vínculo con la fotografía fue accidental: tenía 48 años cuando una de sus hijas le regaló una cámara fotográfica. En poco más de un año se había erigido en una referencia del retrato. Charles Darwin, la princesa Victoria, Robert Browning, Thomas Carlyle, George Eliot, Michel Faraday, Alfred Tennyson y otros posaron para ella. Uno de sus famosos retratos de Julia Stephen (1840) lo hizo en 1867: allí está su aire, el rostro delineado, las suaves armonías de su belleza.

**

En el carácter de Julia Sephen había algo inaprensible: se tensaban la dulzura y la severidad. La marca predominante era su naturaleza compasiva. Vivía para ayudar a los desvalidos, cuidar enfermos, escuchar a los que la buscaban para narrarles sus desgracias. Escuchaba, ofrecía su abrazo a los que sufrían, aconsejaba. Leslie Stephen pensaba que su mujer era una santa.

**

Desde los tiempos en que vivía en un mundo de juegos, Virginia –y también sus tres hermanos Stephen– se asumió como depositaria de dos tradiciones. En el árbol paterno se encontraban ciertos dones, el cultivo de la lengua inglesa, una férrea voluntad de trabajo y fuerza ante los obs-



VIRGINIA WOOLF, 1920/LENARE

táculos. Gentes de raciocinio. Bell: “Con hechos podían hacer construcciones útiles, ya fueran políticas, jurídicas o teológicas”. Dunn: “Familia donde se daba por sentado que la ociosidad era un pecado tan grande como la falta de honradez intelectual”.

**

Del arbóreo universo materno provenían la intuición, la disposición a los placeres visuales y la melodía. Había en ellos carácter y severidad moral. De una generación a la siguiente, la belleza física persistía. Bell: “son los pintores los que han admirado más a estas mujeres. Es difícil contemplar sus facciones sin admiración: eran magníficamente formadas, graves, nobles, majestuosas, pero ni vivaces ni muy accesibles”.

**

Virginia Stephen nació el 25 de enero de 1882. En el trecho inicial de su infancia su aprendizaje verbal fue lento y accidentado. La unión con Vanessa, tres años mayor, fue inmediata, y se prolongaría a lo largo de la vida: complicidad y rivalidad, amor irrenunciable. Con Thoby, nacido entre una y otra, constituían un activísimo triángulo. No se explica cómo se estableció que Vanessa sería pintora y Virginia escritora. De *La cabra* –apodo de Virginia– se decía: imprevisible, excéntrica, torpe, capaz de provocar la risa de quienes la rodeaban. Una parte de sus rutinas transcurren en el jardín. Virginia cuenta cuentos, variaciones de hechos vistos o escuchados. Su primera prosa conocida la escribió a los seis años: “Mi querido padrino, ¿has estado en las Adirondaks y has visto montones de pájaros en sus nidos? Eres un hombre malo no viniendo aquí. Adiós, tu querida Virginia”. A esa edad, las irrupciones de su brillo, su distinción, se vuelven más recurrentes.

**

En la primavera de 1888, la toserina alcanza a los cuatro hermanos. Convalecen, pierden peso. Se recuperan, pero Virginia adquiere la estampa de delgadez que mantendría a lo largo de la vida. Su talante se hace más reflexivo. Como si, a partir de ese momento, algo de su composición psíquica hubiese ganado densidad.

**

Porque eran muchos en casa –recordemos: estaba Laura, la hija del primer matrimonio de Leslie; más los tres hijos de Julia, de apellido Duckworth, más los cuatro niños Stephen–, y porque los padres confiaban en sus métodos pedagógicos, decidieron que mientras los varones iban a la escuela, Vanessa y Virginia se educarían en casa, con el

apoyo de institutrices. Todavía no había cumplido siete años cuando recibía clases de latín, francés e historia de su madre, y de matemáticas de su padre (Bell sugiere que ninguno era competente en tales funciones).

**

Mejor que el aula doméstica era todo cuánto ocurría a continuación: Leslie les pintaba series de animales, contaba aventuras, recitaba poemas, leía a Walter Scott y animaba una conversación sobre lo leído. Thoby regresaba de la escuela y contaba de la *Iliada*. Virginia no tardaría en decidir que aprendería griego. A los nueve años creó un periódico junto a sus hermanos: *Hyde Park Gate News*. La tozudez de Virginia es insólita (muy pronto el periódico se convirtió en asunto casi propio): lo editó, al menos, entre 1891 y 1895. “Virginia podía ver a su público reaccionar ante su prosa”. Antes de escuchar el veredicto su tensión era “casi inaguantable”. Había noticias del mundo familiar, sátiras, mínimas ficciones, dibujos.

**

Hermione Lee: “*Hyde Park Gate News* es la producción de niños ingleses de clase media alta altamente alfabetizados, muy de su época y género (...). Es una publicación interna destinada a divertir e impresionar a una madre y un padre con estándares muy altos”.

**

¿Cuál era la materia que alimentaba el invento periodístico de Virginia y sus hermanos? Una vida concurrida. En la casa de Hyde Park Gate había dos padres, ocho hermanos, siete criadas, visitas incansables de familia y amigos, intelectuales y escritores que pasaban las tardes en la biblioteca de Leslie Stephen, mujeres que aparecían en busca de la compasiva Julia, varios perros. Días de trajín. Virginia registraba aquello, al tiempo que era parte de los juegos agitados, las disputas en el jardín, el riesgoso escalar por los árboles.

**

Para los niños y para el ramaje familiar, la noticia del año la constituía la llegada del verano y el traslado, por dos meses, a Cornualles, donde Leslie había rentado Talland House en 1881, casa de campo con vista al mar. Fue el destino veraniego regular del pequeño ejército Stephen durante 13 años, hasta 1895.

**

Tras el viaje de aquella aparatosa caravana, no tardaban en aparecer primos, tíos, amigos, es-

critores (Henry James, entre otros). En esas estadías Virginia fue feliz. Conoció el oleaje, los faros, largas caminatas sin rumbo, la interacción con la naturaleza, kilométricos paseos en bicicleta, la suspensión de las disciplinas. “Cornualles era el edén, el paraíso inolvidable, y siempre estuve agradecida a sus padres por haberse establecido en ese rincón (...) la gente y las cosas de Cornualles le provocaban una especie de emoción patriótica”.

**

Hyde Park Gate News y otros documentos familiares, especialmente la correspondencia, guardan, con sutileza, una casi invisible bitácora: documentan la transformación intelectual de Virginia: lectora precoz y voraz, afronta ciertos hechos con seriedad. Escucha a su padre con atención. “Estudia con seriedad terrible la literatura inglesa”. Dickens, Shakespeare, Austen, George Eliot, Thomas Carlyle, Thomas Hardy, Tennyson, Wordsworth, Milton y más. Circula, libremente, por la novela, la poesía, la biografía y la historia. Lee. Como si la vida tuviese su centro en la voz de los libros.

**

Llegamos así al momento que irrumpirá como un quiebre en su vida. Ha cumplido 13 años en enero de 1895. En la última semana de febrero, su madre está en cama con gripe. Pasan los días y no mejora. El 18 de marzo se anuncia su mejoría. Sin embargo, en pocos días fue evidente que las cosas no iban bien. Hacia finales de abril la salud de Julia ha entrado en fase crítica. Muere el 5 de mayo.

**

“Esencialmente, la felicidad de la familia Stephen derivaba del hecho de que los hijos sabían que sus padres se amaban profunda y felizmente. Este era, seguramente, el fuego generoso del que todos extraían su bienestar. Pero también era el medio por el que todo el edificio podía quedar reducido a cenizas”. Para los Stephen aquella muerte fue devastadora. Para Virginia, nada menos que el preámbulo de un colapso que, desatado por primera vez tras la muerte de su madre, volvería una y otra vez hasta su suicidio 46 años más tarde.

**

Vino el lóbrego peso del duelo. Nada quedó a salvo de la ausencia de Julia. Stella Ducksworth (recordemos, hija del primer matrimonio de Julia), tomó el mando y puso lo mejor de sí para mantener la cotidianidad a flote. Leslie disciplinó su dedicación a la educación de sus hijos, aunque su corazón se había roto. Lo que sigue es una áspere etapa para Stella: debe cuidar a sus hermanos menores, mantener la compleja operación doméstica y lidiar con los lamentos, los altibajos anímicos, la desmedida demanda de atención de su padrastro, mientras maniobra aquí y allá, para impedir su propio naufragio y aceptar la propuesta de matrimonio de Jack Hill.

**

Y es aquí donde debo introducir en esta relación de hitos al medio hermano de Virginia, trece años mayor que ella: Georges Duckworth. Tiene 27 y goza de la reputación del joven modelo, activo en el cuidado y futuro de sus hermanas: “guapo, bien situado, agradable, cortés y generoso”. Les lleva obsequios, las saca de paseo, las invita –también les exige asistir– a fiestas donde interactuarán con aristócratas y ricos. Las consuela cuando el recuerdo de Julia las empuja a la tristeza. El obsequioso, que según Vanessa apenas era consciente de los límites entre la afectuosidad desbordada y la escaramuza erótica, se excedía. Uno de esos momentos es capitular y marca para siempre a Virginia. Al regresar de una fiesta, cuando ella ya se había retirado a dormir, George Duckworth entró en su habitación, se introdujo en la cama, la abrazó y manoseó.

**

Bell: “Parece haber sido un personaje algo ridículo, pero en conjunto inofensivo (...) Pero para sus hermanastras significaba algo horrible y obsceno. Más que esto: les ensució la más sagrada de las primaveras, manchó sus sueños. Una primera experiencia de amor, dado o recibido, puede ser hechizante, desoladora, embarazosa e incluso aburrida, pero no debería ser repugnante. Eros llegó con un revuelo de alas de murciélago, una figura de sexualidad repelente e incestuosa. Virginia se dio cuenta de que George había estropeado su vida antes incluso de que hubiera empezado. De natural tímido con respecto a temas sexuales, a partir de entonces se colocó en una posición de pánico helado y defensivo”.

(Continúa en la página 3)

Virginia Wolf: cisne salvaje

(Viene de la página 2)

★★

La muerte de Julia se fija como el hito de partida de un período de dos décadas, de vapuleos y momentos muy adversos para la salud mental de Virginia. Casi tres meses después, Virginia –recordemos, tiene trece años– sufre el primer brote resonante de su enfermedad (la llamaban “depresión nerviosa”), que la recluye por casi seis meses. Salvo los síntomas físicos, no recordaba las turbulencias de su mente. Eso sí, sabía “que había enloquecido y que podía enloquecer de nuevo”. 1896 fue un período de oscuridades, que demandó de Stella y de todos a su alrededor, los mayores cuidados y celos. En enero de 1897 comenzó un diario. En febrero el médico le permitió reiniciar algunas clases. En marzo, por ejemplo, la encontramos desentrañando a Tito Livio. La lista de lecturas que hizo entre enero y junio de ese año, abruma: novelas, biografías, libros de historia. Tres semanas le bastaron para atravesar las más de 4 mil páginas de *Auge y caída del Imperio romano*, la obra magna de Edward Gibbon. Su padre escribía: “engulle a una velocidad que se me escapa (...) abre puertas en su recorrido, que ni siquiera imaginaba que existían”.

★★

En abril de 1897, superados los contratiempos, Stella se casa con Jack Hill. A las semanas, enferma y se recupera. Vuelve a enfermarse en junio –embarazada. El 19 de julio fallece. Donde había ocurrido un terremoto –la muerte de Julia– ha ocurrido otro, apenas dos años después.

★★

Virginia está en plena adolescencia. Lee a los autores de la Grecia clásica con pasión (Esquilo y Eurípides la deslumbran), recibe clases de griego y latín, se cartea con familiares y amigos, asiste a algún encuentro social. Con Vanessa comparte el gusto por la encuadernación de libros, mientras conversan. Toma notas en cuadernos y lleva un diario, que son ejercicios de escritura. Sus cartas de adolescente sorprenden: ágiles, impetuosas, divertidas, exageradas. Se burla de sí misma. No teme enfrazarse en una anécdota y resolverla, o fantasear. Entre sus amigas destaca Madge Symonds, quien, en la interpretación de algún biógrafo, habría sido como un primer enamoramiento de Virginia, aunque ella apenas hubiese sido consciente de ello. Desde Cambridge, Thoby, su hermano inmediatamente mayor, le escribe como lo haría un profesor. Hablan de autores clásicos, ponen la lupa sobre Shakespeare. Virginia le dice: “cuando me siento en vena de debatir estas cosas, tú te instalas en Cambridge”.

★★

Sin Stella, Vanessa –tiene solo 18 años– asume las riendas del hogar y la irregular convivencia con un Leslie lóbrego, por momentos iracundo. Cuidaba a su padre, velaba por su salud, pero también lo enfrentaba.

★★

Y es en este punto del recorrido donde debo tenerme para subrayar el lazo sólido, imperecedero, la placa tectónica que, desde niña, acentuada tras las muertes de Julia y Stella, unía a Virginia con su padre. Desde que comenzó a repetirse que Virginia sería escritora, los unía una membresía simbólica: eran parte del mismo gremio. De la biblioteca de Leslie Stephen –donde se había levantado el primer gran edificio del *Oxford Dictionary of National Biography*– provenía la mayoría de los centenares de libros que leyó en su infancia, adolescencia y primera juventud, lecturas que harían de ella una erudita en las vidas y obras de los autores ingleses, desde Chaucer a sus contemporáneos, profunda conocedora de autores griegos, rusos y algunos europeos. Desde su habitación, que estaba justo debajo de la biblioteca de su padre, lo escuchaba moverse, dejar los libros en el piso, romper el silencio para leer a sí mismo, párrafos que lo cautivaban. Fue a Leslie –también a su madre–, a quienes escuchó, noche tras noche, leer poemas y narraciones, que refinaron su entendimiento de la música y el ritmo que guardan los versos y la prosa.

★★

Sin embargo, estos hechos pueden anotarse como evidencias de ondas todavía más profundas: en Virginia había un *estado de búsqueda*, que la impulsaba de un autor al siguiente; una inconformidad intelectual que le decía que ninguna lectura tiene final; un modo de usar la razón solo hasta un límite, para así, en su caso, abrir los espacios para la especulación fundamentada, la comparación que resultara reveladora o hacer del flechado entre vida y obra no un método o fórmula, tampoco un mecanismo para evadir la especificidad de la novela o el poema,

sino como una herramienta *más* –otro entre muchos– que enriquecieran la experiencia de leer. Leslie Stephen, junto a su hermana Vanessa y Leonard Woolf, su esposo, se erigiría con el paso de años, en uno de los tres fundamentos de su vida y su obra.

★★

Así llega el momento de traer aquí a Julian Thoby Stephens (1880), dos años mayor que Virginia, y que en sus tiempos de estudiante en Cambridge se rodeó de una pléyade de jóvenes intelectuales –Lytton Strachey, Leonard Woolf, Saxon Sydney-Turner y Clive Bell–, quienes, un poco más adelante, se constituirían en parte de esa insólita tertulia que fue el Grupo de Bloomsbury. En una carta a Thoby, Virginia dice: “No encuentro a nadie con quien discutir ahora y siento la necesidad de ello. Debo sondear en los libros, dolorosa y completamente sola, lo que tú consigues todas las noches sentándote junto a la chimenea y fumando tu pipa con Strechey, etc. No es sorprendente que mis conocimientos sean limitados. Nada vale, en materia de educación, lo que vale la conversación, estoy segura. Pero hago lo que puedo con Shakespeare”.

★★

Virginia entendía el peso del factor económico, pero siempre atribuyó a su condición de mujer, el que hubiese sido educada en casa y no en una escuela, como sus hermanos. Aunque hubiese razones era una expresión neta de desigualdad. Mucho más adelante, esa visión sufrió una modificación cualitativa: aumentó su aprecio por las ventajas de no haber ido a la escuela: más tiempo para leer y escribir, distancia de las asperezas de la educación formal, pero sobre todo una capacidad de experimentar la literatura desde un lugar propio y autónomo.

★★

Se inició así un tiempo de aceptar o eludir invitaciones (que incluía la lidia del insistente George), recibir visitas, atender las demandas del padre enfermo que envejece, viajar, participar en la dinámica del hogar, cartearse, en particular con Violet Dickinson, con quien parece haberse producido un enamoramiento mutuo, del que tampoco era consciente: “Son cartas apasionadas, encantadoras, divertidas, embarazosas cartas llenas de bromas privadas y de palabras cariñosas (...) cartas en las que intenta hacer surgir una imagen del destinatario”. Es una época en la que la inteligencia de Virginia es un tema recurrente entre quienes la rodean.

★★

Esta vez lentamente, una tercera muerte llegó a la familia: el 22 de febrero de 1904 falleció Leslie Stephens. En los meses finales, padre e hija conversaban y pasaban más tiempo juntos. En esas apacibles tardes de biblioteca, hasta que la enfermedad lo recluyó, en Leslie creció una comprensiva ternura hacia Virginia, mientras descubría que era “extremadamente fascinante”.

★★

En siete años habían fallecido la madre, su media hermana Stella y el padre: para Vanessa, Thoby, Virginia y Adrian había llegado la hora de abandonar la casa de Hyde Park Gate. Estaban por venir los años de Bloomsbury.

★★

El 10 de mayo de 1904 Virginia sufre una crisis. “En la depresión que siguió, entró en un período de pesadilla en que los síntomas de los meses precedentes alcanzaron una intensidad terrible (...). Oía voces que la empujaban a actos de locura (...), fue allí donde ella intentó por primera vez suicidarse. Se lanzó desde una ventana que, sin embargo, no era lo bastante alta para que se causara mucho daño (...). Todo aquel verano estuvo loca”.

★★

La familia la protege: mientras se mudan, a Virginia la llevan a vivir a Cambridge, donde una tía. Se veía con Adrian, que estudiaba allí. Consiguió ser contratada por un historiador que trabajaba en una biografía de Leslie Stephen. Seleccionó correspondencias, las copió, redactó anécdotas que provenían de sus recuerdos. En noviembre, Virginia se instala en el nuevo hogar: número 46 de Gordon Square, Bloomsbury. En esos primeros días conoce a Leonard Woolf en una cena. Pronto inicia sus colaboraciones en *The Guardian*. Quería contribuir a sufragar los gastos que provocaba su enfermedad. Y se sentía preparada para medirse y superar los estándares del articulismo que conocía bien. Se había preparado: su vida, entre una cosa y otra, había sido leer y escribir. Jovencísima, tenía una cultura literaria asombrosa. Aquellos primeros pasos fueron solo eso: hasta el final de su vida no cesó de escribir y publicar artícu-



JULIA STEPHEN (MADRE DE VIRGINIA WOOLF) /JULIA MARGARET CAMERON

los, recensiones y ensayos de distinta longitud. En enero de 1905, en la casa de Bloomsbury viven solo los cuatro hermanos Stephen: había comenzado otro capítulo.

★★

Entonces se produce un hecho capitular: el 16 de febrero de 1905, Thoby inicia las veladas de los jueves, que construirán esa tertulia histórica que sería el Grupo de Bloomsbury. Todavía es temprano para Virginia. La inhibe su timidez, su escaso deseo de conversar con personas más allá de su mundo íntimo. Aquellos jóvenes parecían flotar en una nube de superioridad, de afectación intelectual. Ella entendió que era testigo de una conversación que tenía un horizonte más amplio. Y en su sofisticado sistema perceptivo pudo descifrarlos, proyectarlos en el tiempo, hacerse una idea de que podía esperarse de cada uno. Tal como había ocurrido con su escritura, puede decirse que Virginia se preparaba, para establecerse a lo largo de 1905 y 1906, y también en los años que siguieron, como uno de los más potentes centros magnéticos de aquella tertulia. Tras cada avance, ganaba confianza en sí misma. Hasta alcanzar un punto en que esa delgada mujer de recatados modales e ingenioso fraseo, hizo sentir que tenía un rico fondo mental, que en su cabeza se producían pensamientos de fabricación propia, peculiares, constitutivos de otro modo de ver las cosas.

★★

A Lytton Strachey, Leonard Woolf, Thoby Stephen, Saxon Sydney-Turner, Vanessa Stephen, Desmond McCarthy, Clive Bell y Virginia Stephen, se unirían con el tiempo muchos otros jóvenes efervescentes, que sería demasiado extenso enumerar aquí, y que incluyó a autores fundamentales como E. M. Forster o Maynard Keynes. Pertenecían a las altas clases medias ilustradas o a la burguesía culta de Londres. “Era gente formidable y tenían una manera de hablar que podía abrumar de terror. Sabían aplicar una fuerza verbal que daba a su ironía, a su incredulidad, a su sorpresa ante la ignorancia, la deshonestidad o la inhumanidad, una cualidad memorable”.

★★

De las tantísimas cosas que cabría decir de Bloomsbury, escojo solo esto: de alguna manera –el libro de Jane Dunn explora esta rica veta–, el Grupo de Bloomsbury tuvo como uno de sus más intangibles y magnéticos atractivos, el desconcerto, la fascinación, la fuerza centrípeta que las dos hermosas hermanas, cultas, libres, listas para conversar sobre cualquier cuestión sin restricciones, ejercían sobre aquellos cosmopolitas, interesados en los tiempos que les había tocado vivir.

★★

Si las muertes sucesivas de la madre, del padre y de la media hermana mayor, había desembocado en un tipo de vida inusual en 1904, que creó el escenario fundamental del Grupo de Bloomsbury, la repentina muerte de Thoby Stephen el 20 de noviembre de 1906, que fue el primer factor aglutinador, lejos de actuar como un disolvente, contribuyó a darle un carácter emocional a las relaciones entre aquel grupo de amigos –porque de eso se trataba, de una red de amigos–: fue como un pegamento extra que estimuló la solidaridad interior, la durabilidad de los vínculos.

★★

Dos días después de la muerte de Thoby Stephen, Vanessa Stephen aceptó la propuesta de matrimonio de Clive Bell. Se inauguró así un nuevo capítulo en la vida de Virginia: la aparición nítida de celos hacia su hermana, y el inicio de un vínculo de amistad y flirteo con Clive Bell, que se prolongaría a lo largo del tiempo, con períodos signados por altas y bajas.

★★

Tras la boda, Vanessa y Clive se quedaron en la casa de Bloomsbury, Virginia y su silencioso hermano menor, Adrian, se mudaron al 29 de Fitzroy Square (en esa casa había vivido George Bernard Shaw), muy cerca de la anterior. “Estaba emplazada idealmente para los amigos, que adquirieron así la costumbre de visitar una de las casas y, luego, dirigirse paseando a la otra. Bloomsbury tenía ahora dos centros separados, pero a una distancia muy cómoda”.

★★

Vanessa y Virginia ya no viven juntas, pero se encuentran a menudo o se envían cartas a diario. Los amigos se reúnen para hacer lecturas dramatizadas. Le siguen sesiones de comentarios. El grupo tiene un carácter formal, se llama Play Reading Society. De cada encuentro se levanta un acta. Hacia finales de 1907 y comienzos de 1908 Virginia comienza a escribir las primeras frases de *Melymbrosia*, su primera novela que, con el nombre definitivo de *Fin de viaje*, publicará en 1915, a la edad de 33 años.

★★

A propósito del flirteo de Virginia con Clive Bell, dice Quentin Bell –su hijo–: “Le repugnaba provocar cualquier sentimiento sexual en cualquier persona. Pero le gustaba ser admirada –admirada por su belleza, su inteligencia, su personalidad–, y se sentía halagada por un hombre que comprendía bien el arte de hacerse agradable a las mujeres (...) Clive creía, como Madge y Violet, en el genio de Virginia”.

(Continúa en la página 4)

Virginia Woolf: cisne salvaje

(Viene de la página 3)

★★

Viaja. Conoce a escritores e intelectuales. Es una máquina de observar cuanto la rodea. El carteo con Lytton Strachey es un desafío: intelectual de alta talla, un rival. Hay un mutuo seducirse con frases luminosas. Durante 1907 y 1908 pasa las horas enfrascada en autores griegos y latinos: Juvenal, Homero, Platón, Aristófanes.

★★

En febrero de 1909 ocurre un episodio no exento de comicidad: Lytton Strachey, abiertamente homosexual, le propone a Virginia casarse. Acepta. Al día siguiente, ambos reconocen el error y deshacen el compromiso. El episodio deja en claro que, a sus veintisiete años, ella quiere casarse, “cansada de la soltería”.

★★

Strachey da otro paso, que lo cambia todo en la trayectoria de Virginia: le escribe a Leonard Woolf a Ceilán—donde desempeña un cargo en la administración inglesa—, y le dice: tú eres quien debe casarse con Virginia. Woolf pregunta en su respuesta, si a ella le interesaría. Tras la respuesta afirmativa de Strachey, hace sus maletas y regresa a Londres.

★★

Mientras tanto, aunque su timidez se mantiene intacta, su conversación deslumbra. Fabrica imágenes con facilidad mágica, relaciona hechos de forma insospechada, muestra conocimientos que escapan a los que la rodean. Sin proponérselo, ocupa el centro de las conversaciones. Apabulla por su sinceridad. Su facilidad traiciona. “Su imaginación estaba provista de un acelerador y no tenía frenos. Se precipitaba, dejando de la lado la realidad, y cuando la realidad era un ser humano, el resultado podía ser abrumador”.

★★

Va a la ópera o al teatro. Se suma a expediciones, visita a familiares en otras ciudades. Toma clases de alemán. Viaja por Italia. Pasa una semana en París. Es parte activa del cotilleo: guardar un secreto o la intimidad en el mundo de Bloomsbury es improbable: todo se cuenta, todo se analiza, todo se somete al verbo filoso de los demás. Recibe una herencia de 2500 libras esterlinas. Va a Bayreuth para escuchar a Wagner. En Virginia está presente una visión: hay algo tonto y bruto en la masculinidad. Simpatizaba, de un modo impreciso, con la causa sufragista. Sin embargo, no le gustaba la lógica ni el accionar político.

★★

Marzo de 1910: se enferma. Durante tres semanas permanece al borde de la locura, pero se recupera. En abril su estado mental sufre altas y bajas. El 30 de junio inicia una cura de reposo durante 40 días. Es una paciente difícil. En noviembre asiste a la polémica exposición *Manet y el posimpresionismo* (Londres) organizada por Roger Fry, quien se ha incorporado al Grupo de Bloomsbury como una de sus figuras capitulares. Otra incorporación de alta estatura intelectual fue la de John Maynard Keynes, quien en 1909 compartía vivienda con Duncan Grant, lo que le aproximó todavía más a Virginia. “Incríblemente inteligente, tenía una naturaleza sensual, afectuosa, volátil y optimista, que podía resultar muy atractiva”.

★★

De permiso, Leonard Woolf regresa a Inglaterra en junio de 1911. En los meses anteriores, Virginia había rechazado algunas propuestas de matrimonio. Leonard tenía “eminencia intelectual”, sentido práctico de las cosas, era apasionado y escuchaba sin esfuerzo. Rechazaba la frivolidad. El 29 de mayo de 1912 ella dijo sí. Se casaron el 10 de agosto. Bell: “Fue la decisión más inteligente de su vida”.

★★

Larga luna de miel: Francia, España e Italia. Semanas donde la dificultad de Virginia para el goce sexual se hizo patente. “En dos meses de vagabundeo, habían descubierto que sus personalidades eran complementarias, sus afinidades extraordinariamente próximas. Su amor y admiración mutuas, basados como estaban en una verdadera comprensión de las buenas cualidades respectivas, eran lo suficientemente fuertes para resistir los mayores y menores azotes de la suerte, las contrariedades del matrimonio y, sobre todo, los horrores de la locura”.

★★

Se mudaron a un apartamento en las proximidades de Fleet Street: alejados de Bloomsbury y sus veleidades. La relación se estrechó y creó un jardín para la conversación fecunda y constante. Disponían de más tiempo para sus respectivos trabajos. Virginia quería tener hijos. En ese espacio Leonard la convenció de que era riesgoso.

“Esto iba a ser para ella una fuente constante de lamentos y, años más tarde, no podía pensar en la fecundidad de Vanessa sin sentirse desgraciada y envidiosa”.

★★

Desde los primeros días de 1913 la salud de Virginia comienza a resquebrajarse. La ansiedad y las jaquecas son constantes. Es una etapa de sucesivos viajes: visitan amigos y familiares. Virginia acompaña a Leonard a una gira por varias ciudades: trabaja en una investigación sobre el movimiento cooperativista. Van y vienen. Se reúnen. A finales de julio ingresa en una casa de reposo. Médicos. La depresión se intensifica. Pierde peso. El 9 de septiembre ingiere una sobredosis de Veronal. Milagrosamente sobrevive. Tras la estadía en un hospital, se ve rodeada de los extremos cuidados de Leonard, fieles amigos y enfermeras. La recuperación es muy lenta. Las jaquecas vuelven. Hacia junio de 1914 las cosas mejoran. El “método empírico” (descanso, compañía, conversaciones intrascendentes, cuidada alimentación, paseos con los perros), la devuelven a sus rutinas: va a la Biblioteca de Londres, escribe cartas, hace alguna vida social. Quentin Bell señala un hecho llamativo para los lectores de su diario de 1914: no menciona la guerra que había estallado en agosto.

★★

Enero de 1915: Virginia cumple 33 años. Un hecho que resultaría un hito para ellos y la literatura: Leonard le propone a Virginia adquirir una pequeña imprenta. Alquilan una casa en Hogarth, Richmond. También por aquellos días, la amistad con Margaret Llewelyn Davies, la aproximó al feminismo.

★★

El 1 de enero Virginia inicia un diario (sería el diario que llevaría hasta comienzos de 1941, unos días antes de su muerte). Las notas se interrumpen el 15 de febrero. Tras una visita al odontólogo, el 17, la jaqueca y la agitación regresan: caminaba nuevamente hacia la locura. Durante ese periodo, convirtió a Leonard en su enemigo. Todo esto mientras Leonard se hacía cargo de la mudanza a Hogarth House. La ansiedad ante la inminente publicación de su primera novela, *Fin de viaje*, actuó como un detonante. Era hipersensible a la crítica. Le temía. Un día antes de la salida del libro, fue internada durante una semana. “Virginia se mostraba violenta, aullaba y su locura culminaba en una furiosa animosidad contra el propio Leonard”. Hasta noviembre—durante 8 meses—estuvo bajo cuidados de enfermeras. El registro de lo ocurrido con la salud de Virginia de 1913 a 1915 resulta desolador: un intento de suicidio y sucesivos episodios de locura, cada vez más graves y duraderos.

★★

Fin de viaje fue bien recibida. La opinión de E.M. Forster, que a Virginia importaba más que cualquier otra, fue elogiosa. Algún reseñista se refirió a la inteligencia con que había sido concebida. Bell sugiere que estos comentarios favorables contribuyeron a su recuperación. A comienzos de 1916, con un cuidado milimétrico por parte de Leonard, Virginia recupera sus rutinas.

★★

Crearon una especie de modelo de vida. “Escribían durante la mañana, paseaban después del almuerzo, leían por noche. Una o dos veces por semana, Leonard tenía que desplazarse a Londres para asuntos políticos o editoriales (...) Virginia le acompañaban e iban a bibliotecas, tiendas, conciertos o ver amigos. Se reunían nuevamente a la hora del té, y cenaban fuera o regresaban al hogar juntos”.

★★

También en 1916 se hizo parte de un gremio de mujeres cooperativistas. Su responsabilidad consistía en proporcionar un orador que dictaba una charla a un pequeño conglomerado de trabajadoras. Virginia apeló a sus amigos: Forster habló de La India, Bob Trevelian sobre China, y así. Tras cuatro años renunció: no estaba hecha para el activismo. Detestaba la ramplonería que exigía dirigirse a los obreros.

★★

En el preámbulo de 1917 y a lo largo del año se desarrolló la vacilante y extraña amistad entre Katherine Mansfield—escritora nacida en Nueva Zelanda—y Virginia Woolf. Se admiraban y rivalizaban. Mansfield, a su modo, también era inestable, tenía una salud precaria y falleció en 1923, a los 34 años. “No estarían nunca de acuerdo y nunca en definitiva dejarían de estar de acuerdo (...) Las dudas y reservas de las dos eran considerables, pero en compañía mutua se encontraban cómodas”.

★★

1917 es un año de ocupaciones: en enero reanuda sus colaboraciones con *The Times Literary*



VIRGINIA WOOLF / ROGER FRY

Supplement: entre finales de 1916 y el 1917 produjo 44 ensayos, en los que empleaba sus exquisitos recursos mentales. En marzo adquieren la imprenta con la que pondrán en funcionamiento su propia editorial doméstica: Hogarth Press. Instalada en el comedor, en mayo realizan una campaña para obtener suscriptores. En julio aparecerán los dos primeros títulos. Sería la editorial que *más adelante* publicaría, entre otros, *Preludio*, de Katherine Mansfield, y el fundamental *La tierra baldía*, de Thomas Stearn Eliot. El 3 de agosto, Virginia reanuda su diario. Avanza en la que será su segunda novela, *Noche y día*, que se publicará en 1919. En octubre Leonard crea el Club 17, una especie de tertulia de afectos al Socialismo, que reunía a Keynes, Bertrand Russell, Dora Carrington, Oliver Strachey, E.M. Forster y otros. Se mantuvo hasta 1920.

★★

Mientras, la guerra continuaba. En las noches despejadas llegaban los bombardeos alemanes. Se refugiaban en el sótano, donde había literas y mantas. Virginia dormía bajo una mesa. La escasez y la interrupción de los suministros hacían muy difícil el transcurrir cotidiano. Virginia era una patrona imprevisible, de altibajos, arbitraria. Hería a las sirvientas con sus frases filosas.

★★

Monk’s House, casa de campo próxima al río Ouse, se subasta en julio de 1919 y los Woolf la adquieren. Se mudan en septiembre. La publicación de *Kew Gardens*, que reúne tres cuentos de Virginia, acrecienta la reputación literaria de Virginia, más allá de su círculo inmediato. Marzo de 1920: Duncan Grant funda el Memoir Club, constituido, más o menos, por los mismos integrantes del Grupo de Bloomsbury.

★★

Virginia disfruta de la vida campestre. “Hogarth Press empezó a cambiar de hobby a negocio”. Cuando acompaña a Leonard en las giras de una campaña política en 1921, experimenta su rechazo a los conglomerados. A comienzos de junio sufre una recaída: pasa dos meses en cama, sin actividad. Cuando retoma su diario el 8 de agosto, escribe: “Cómo me habría sorprendido si me llegan a decir, cuando escribí aquí mis últimas palabras el 7 de junio, que una semana después estaría en cama & que no saldría totalmente del bache hasta el 6 de agosto: dos meses enteros, borrados”. Hasta mediados de septiembre no recibe visitas. En noviembre finaliza *El cuarto de Jakob*. Lo publica Hogarth Press en octubre de 1922: “marca el comienzo de su madurez y su fama”. Hacia finales de ese año los Woolf conocen a la esposa del diplomático Harold Nicolson, Vita Sackville-West. En los primeros días de enero Virginia recibe la noticia de que Katherine Mansfield ha fallecido el 9 de enero en Francia.

★★

Los siguientes tres años, 1923-1925, Virginia es una mujer de cavilaciones: ha cruzado la línea de los cuarenta años, le pesa no tener hijos, se

pregunta si no debería volver a Londres. Conoce a jóvenes brillantes, que se acercan a lo que queda de Bloomsbury. Viaja (por ejemplo: estuvieron 15 días en casa del Gerald Brenan, al sur de Granada; largos días de doce horas discutiendo de literatura). Pasa unos días en París sola: “sin su marido todo parecía carecer de interés y ser de segunda categoría”.

★★

“Virginia había ganado de nuevo su serenidad, su equilibrio moral e intelectual. Físicamente mostraba señales de la prueba por la que había pasado en los últimos diez años. Tenía un aspecto más anguloso, huesudo, más austero, había perdido toda la belleza juvenil que tuviera, pero verdaderamente seguía siendo hermosa”. *El cuarto de Jakob* la había aproximado a la condición de celebridad. Su conversación era sugestiva, sorprendente y cargada de humor. Preguntaba lo que nadie. Su inteligencia era capaz de establecer trazos inimaginables. Tenía ideas que parecían salir a borbotones. Le temían o la admiraban.

★★

A pesar de alguna recaída, a partir de 1924 y hasta 1931, Virginia avanza en sus obras de ficción: *La señora Dalloway* aparece en 1925; *Al faro* en 1927; *Orlando* en 1928; y *Las olas* en 1931. A lo largo de estos mismos años publicó algunos de sus más extraordinarios ensayos. En marzo de 1924 se mudan a Londres. “Se podía encontrar a Virginia, por las mañanas, sentada junto a una estufa de gas y en un viejo sillón, un sillón despanzurrado cuyo relleno caía al suelo, con una pizarra que se plegaba en tres en su falda, escribiendo y reescribiendo sus libros”.

★★

Entre su vida social y en el silencio de su ánimo, una brecha: ante los demás aparecía infatigable en su brillo y humor. Sin embargo, en su diario eran constantes las anotaciones que hablaban de pesimismo, depresión, aburrimiento. “Soy el campo de batalla”. Había entendido que, por un extraño y doloroso mecanismo, a las caídas de su ánimo seguían momentos de apogeo creativo.

★★

19 de agosto de 1925: la familia y amigos están reunidos (celebran los 15 años de Quentin Bell). Comen y beben. Bullicio y risas. Virginia, que divierte a la concurrencia con sus saetas verbales, se desmaya. El episodio marca un trecho, hasta abril de 1926, ocho meses de salud precaria, mejorías y recaídas, jaquecas y un estado de cansancio que solo a veces remite, para reaparecer a los pocos días. Es un periodo de recogimiento: redujo su interacción social—seguiría así durante el resto de su vida. En los buenos momentos escribe, lee, toma notas en su diario de talante reflexivo. En ese tiempo de “vida anfibia”, como ella lo llamaba (mitad en la cama, mitad fuera de la cama) escribió uno de sus ensayos memorables: “Estar enfermo”.

(Continúa en la página 5)

Virginia Woolf: cisne salvaje

(Viene de la página 4)

★★

Hacia finales de 1925, la amistad de los Woolf y los Nicolson se ha consolidado. Cuando aborda la cuestión del posible romance entre las esposas, más o menos entre ese año y 1929, Virginia y Vita, Quentin Bell se cuida de hacer afirmaciones tajantes. “Vita estaba muy enamorada de Virginia, y siendo, sospecho, un temperamento ardiente, la quería tanto como un hombre podía amarla, con una impaciencia masculina hacia cierto tipo de satisfacción física, a pesar de que Virginia ya pasaba de los cuarenta años y, aunque bella, no poseía el encanto de la juventud, e incluso a pesar de que la propia Vita sentía un temor reverencial por ella. Pero la poca evidencia que tenemos nos sugiere que Vita encontró a Virginia poco dispuesta”.

★★

De modo semejante ocurriría más adelante, cuando la compositora Ethel Smyth se enamoró de Virginia: Virginia se sintió atraída por su personalidad; surtía sus cartas de frases ambiguas, seductoras y de admiración; pero no permitía la aproximación física que deseaba Smyth. Ella hubiese podido hacer suya la frase de Vita cuando comparó a Virginia –en una carta dirigida a la propia Virginia–, con un lacre de correos: inviolable.

★★

De la lectura comparada –hasta donde ello es razonable– de los diarios y las cartas de Virginia Woolf surge una caracterología reveladora: en la correspondencia es constante la irrupción lúdica, un eros velado, la disposición seductora y esquiva a un mismo tiempo, juego que consiste en atraer e, inmediatamente, retraerse; disfrutaba de la atracción que producía, se rendía ante los halagos, desplegaba sus refinadas piroetas verbales, pero esto no guardaba correspondencia con su modo de actuar cuando se producía el encuentro. Las cartas que recibía, y esto es crucial, eran un componente apreciable de su gusto por la *soledad acompañada*, su ansia de felicidad apacible: sentada en su sillón delante de la chimenea ardiendo, con Leonard en la habitación de al lado, la sirvienta a su disposición, dos perros a sus pies, papel y tinta, tres o cuatro cartas que acaban de llegar, otras tres o cuatro cartas que llegaron la tarde anterior y debe responder, libros de Esquilo, Shakespeare y Thomas Hardy en la mesilla para leer o releer.

★★

Del éxito que se produjo con la aparición de *Orlando* hablan las cifras. *Al faro*, que había sido recibida con elogios, vendió 3 mil 873 ejemplares en un año. *Orlando*, 8 mil 104 ejemplares en seis meses. Virginia comenzó a ganar dinero. Los críticos que señalaron que era una “novela cerebral”, quedaron arrinconados al lado de los elogios con que rodearon a la autora: el nombre de Virginia, a partir de 1928, se propagó como “genio brillante”.

★★

1929. Tras una excursión se desata la enfermedad: pasa en cama tres semanas. En mayo aparece uno de sus ensayos más populares: *Una habitación propia*, éxito de ventas. Planteaba alguna polémica, pero en un tono ligero, casi sonriente. En febrero de 1930 se enferma nuevamente. Conoce a Ethel Smyth –25 años mayor que Virginia–, amistad que termina por agobiarla: en cartas abiertamente hostiles, apunta a Virginia: “absorta en sí misma”, “celosa de la perfección en literatura”, “carente de generosidad”, “arrogante intelectualmente” (en alguna parte Virginia escribió: “no me gustan las ancianas que engullen”).

★★

Las olas, quizá su novela más experimental, salió a la calle en 1931. Hubo elogios y rechazos. Al llegar 1932, una noticia sacudió el ánimo de los Woolf: el 21 de enero, cuatro días antes de que Virginia cumpliera 50 años, murió Lytton Strachey. Unas semanas después, la pintora Dora Carrington, que era parte de un triángulo amoroso, junto a su esposo y Strachey, se disparó un tiro en la cabeza. Cuando publicó *Flush: biografía de un perro* en 1933, los aplausos volvieron a ser masivos. “Consideraba que su problema ahora sería enfrentarse con el tipo de popularidad que las damas parlanchinas alcanzan”.

★★

Primero Thoby Stephen; después Lytton Strachey; y, a continuación, Roger Fry, otro de los “grandes intelectuales” de Bloomsbury que fallecía en plenitud de facultades. El 9 de septiembre de 1934. Vanessa Bell decoró el ataúd en que fue enterrado. En su diario, Virginia anotó: “Todo ha perdido su sustancia”. La biografía, que se publicó en 1940, fue el penúltimo de los libros publicados por Virginia en vida. Con todos los parientes del biografiado, vivos y próximos, la escritura del libro fue como cruzar un camino lleno de advertencias, prohibiciones y silencio sobre los temas espinosos.

★★

Su novela *Los años*, de 1937, que en sus placas más profundas está atravesada por cuestiones

como el paso del tiempo y la muerte, reavivó la feligresía a su alrededor. Esta vez la resonancia cruzó el océano y despertó a lectores y críticos en Estados Unidos. Tenía 55 años y, salvo Leonard y Keynes (lejano e intermitente), sus tres más potentes interlocutores intelectuales habían muerto. Leonard y ella eran los sobrevivientes del Grupo de Bloomsbury, del ala más intelectual. Generacionalmente pertenecía a una generación intermedia, heredera de la era victoriana. Llevaba consigo hondos sentimientos de clase, privilegios, de culto por la inteligencia superior y las ideas. Detestaba las violencias, que entendía, en lo primordial, como masculinas. Tenía unas sensibilidades naturales: contra la guerra, a favor del pacifismo, sensiblemente feminista, “pero el engranaje de la política la exasperaba y la dejaba perpleja (...) Tenían que presentarle un problema en términos personales para poder captar su atención”.

★★

La admiración/temor que despertaba, apenas encontró seguidores en la siguiente generación: “para muchos debía aparecer como una figura angulosa, remota, arcaica, quizá algo intimidadora, una frágil poetisa de mediana edad, una Safo sin sexo y, a medida que la crisis de la década llegó a sus conclusiones terribles, extrañamente irrelevante: una buena mujer perturbada atrapada en una tempestad, haciendo muy pocos esfuerzos para luchar en contra de la tempestad o para desplegar velas ante ella”.

★★

Hijo de Clive y Vanessa Bell, hermano de Quentin Bell, Julian Bell se unió a las Brigadas Internacionales para combatir en la Guerra Civil de España. Perdió la vida en la batalla de Brunete, el 18 de julio de 1937.

★★

La guerra impone a los Woolf sumarse a los preparativos. Virginia rechaza el patriotismo exacerbado. Iban y venían entre la casa campestre y la casa de Londres. El 25 de diciembre de 1939 celebran el 21 cumpleaños de Angélica, la hija menor de Vanessa. Sería la última fiesta de Bloomsbury. Bailó Lydia, la esposa de Keynes, cantó la hermana de Strachey, alguien hizo una parodia de Hitler, Virginia recitó unos poemas.

★★

Son malos tiempos para el ánimo de Virginia. Presente que las cosas irán a peor. La realidad parecía enmascarada. Las noticias eran funestas, como la caída de París, el 14 de junio de 1940. Temía que ocurriese algo semejante con Londres: que fuese ocupada por Hitler. Sostenía: Leonard –por judío– y ella –en tanto que su esposa– serían ejecutados. Entonces, decidieron que si los hechos alcanzaban ese punto, se quitarían la vida. Leonard acopió la gasolina necesaria para hacer funcionar el coche en el garaje y provocar una muerte por intoxicación de gas. Adrian colaboró con el plan: les llevó una gran dosis de morfina, suficiente para matarlos a ambos.

★★

Llegaron los bombardeos. “Se acercaron mucho. Nos tendimos bajo el árbol. El sonido era como si alguien serrara el aire exactamente encima de nuestras cabezas. Nos tendimos boca abajo, las manos en la nuca. No aprietes los dientes, dijo Leonard”. Con el ánimo revuelto, se agitaban viejos fantasmas. En un ensayo de aquellos días, “La torre inclinada”, castiga a la poesía de los escritores de izquierda.

★★

A medida que corre el segundo semestre de 1940, “iba pasando de un estado de ánimo de apren-



VIRGINIA Y LEONARD WOOLF / ARCHIVO



sión a otro de tranquila imperturbabilidad. Su serenidad era quizá el preludio necesario a la tormenta, con lo cual quiero decir que el funcionamiento de la mente de Virginia tuvo que ser tal, que tuvo que pasar del terror de junio de 1940 a la agonía final de marzo de 1941”. En medio del racionamiento extremo y la precariedad, decía que llevaba una vida ociosa: Leonard le llevaba el desayuno a la cama, leía, se bañaba, daba instrucciones a las empleadas y se dirigía al pabellón-estudio en el jardín, donde se instalaba a escribir.

★★

Aunque vivió momentos felices, hacia noviembre comenzaron los síntomas de que la salud de Virginia no estaba bien. “Hay pasajes en su

diario en enero, febrero y marzo que, con una percepción posterior, pueden considerarse fatídicos”. Leonard estaba ansioso. Ella no reconocía que estaba otra vez enferma. El 26 de marzo Leonard la había convencido de ver al médico. Virginia había anidado un miedo que la socavaba: que no pudiese volver a escribir.

★★

El 28 de marzo, día brillante y frío, fue hasta su pabellón-estudio como todos los días. Escribió dos cartas de despedida, una para Vanessa y otra para Leonard, sus dos seres amados y fundamentales. En ambas hacía las mismas tres afirmaciones: oía voces, no mejoraría nunca, no podía arruinar la vida de Leonard. Luego volvió a su casa y escribió una segunda carta a Leonard. Tomó su bastón, caminó hasta el río Ouse, introdujo una gran piedra en un amplio bolsillo de su abrigo, y se internó en las aguas.

★★

Dice la segunda carta: Queridísimo: Estoy segura de que me estoy volviendo loca de nuevo. Siento que no puedo superar otra de aquellas terribles temporadas. No voy a curarme en esta ocasión. He empezado a escuchar voces y no me puedo concentrar. Por lo tanto, estoy haciendo lo que me parece mejor. Tú me has dado la mayor felicidad posible. Has sido en todo momento todo lo que uno puede ser. No creo que dos personas hayan sido más felices hasta el momento en que me sobrevino esta terrible enfermedad. No puedo luchar por más tiempo. Sé que estoy destrozando tu vida, que sin mí podrías trabajar. Y lo harás, lo sé. Te das cuenta, ni siquiera puedo escribir esto correctamente. No puedo leer. Cuanto quiero decir es que te debo toda la felicidad de mi vida. Has sido totalmente paciente conmigo e increíblemente bueno. Quiero decir que..., todo el mundo lo sabe. Si alguien podía salvarme, habrías sido tú. No queda nada en mí salvo la certidumbre de tu bondad. No puedo seguir destrozando tu vida por más tiempo. No creo que otras dos personas hayan podido ser más felices de lo que nosotros hemos sido.

★★

Stephen Spender a Viviane Forrester: “Cuando tuvo la impresión de volverse loca para toda la vida, prefirió la muerte. Fue un suicidio muy razonable, muy racional. Hay un aspecto de estoicismo casi romano, muy sereno, muy juicioso en Virginia Woolf, y creo que fue una decisión razonable por su parte”.

*Virginia Woolf. *Una biografía*. Quentin Bell. Traducción: Marta Pessarrodona. Prólogo edición de 2021; Andreu Jaume. Introducción a la edición de 1996: Quentin Bell. Editorial Lumen, Penguin Random House Mondadori Grupo Editorial, España, 2022.

*Virginia Woolf. *Vida de una escritora*. Lyndall Gordon. Traducción: Jaime Zulaika. Gatopardo Ediciones. España, 2017.

*Virginia Woolf. *El vicio absurdo*. Viviane Forrester. Traducción: Victor Pozanco y Emilio Teixidor. Emecé Editores. Argentina, 1978.

*Vanessa Bell / Virginia Woolf. *Historia de una conspiración*. Jane Dunn. Traducción: Roser Berdagué. Circe Ediciones. España, 1993.

Comentario a esta relación insuficiente

N.R.

Debo advertir que la relación anterior es parcial, insuficiente. Apenas se detiene en hechos y realidades sustantivas en la vida de Virginia Woolf. Por razones de espacio escogí construir un tronco narrativo, sacrificando ciertos ramajes, varios de ellos gruesos y sustantivos: su prolífica vida social con escritores, editores y relaciones que provenían de su familia; el fondo alcance que tuvieron en Virginia las amistades intelectuales como las de Lytton Strachey, Roger Fry y otros; su trabajo en Hogarth Press: se desempeñaba como cajista, encuadernadora, revisaba las pruebas de impresión, tomaba un grupo de libros y se iba por Londres, de librería en librería, a entregar los pedidos; los encuentros y carteos con amigas fundamentales, alguna de generosidad a toda prueba como Katherine Cox (1887-1938).

Tampoco en esta relación se menciona con la entidad debida la historia, el carácter y el activismo de Leonard Woolf como político y edi-

tor, así como no dedico el espacio que merece su insobornable devoción por Virginia. Los viajes por Inglaterra y Europa, que fueron numerosos, constantes y una fuente de riqueza para su prosa, apenas se anotan. Tampoco me refiero al enorme y complejo tejido emocional que compartía con su hermana Vanessa Bell, el más duradero amor de su vida, su interlocutora inagotable, cara a cara o en cartas. “Me comparo siempre a Nessa y siempre la encuentro la más amplia, la más humana de nosotras dos. Actualmente pienso en ella con una admiración desprovista de envidia, con un regusto de ese viejo sentimiento infantil que nos ligaba, que nos aliaba contra el mundo, y cómo me alegro de sus victorias en el curso de todas nuestras batallas y de verla caminar con tanto desenfado, con tanta modestia, casi anónima, rodeada por sus hijos” (este vínculo es el que desentraña el revelador *Vanessa Bell / Virginia Woolf. Historia de una conspiración* de Jane Dunn (Circe Ediciones, 1993) que ocupa un lugar en la estantería de los imprescindibles sobre la vida de Virginia Woolf).

HOMENAJE >> VIRGINIA WOOLF (1882-1941)

Deslumbrantes comienzos

En lo que sigue se ofrecen los comienzos de siete plásticos y magnéticos ensayos de Virginia Woolf, muestras de la capacidad asociativa, la imaginación, el humor, la cultura literaria y el ingenio con que escribía artículos y ensayos

VIRGINIA WOOLF

Estar enfermo

“Si consideramos lo común que es la enfermedad, lo tremendo que es el intercambio espiritual que conlleva, qué asombrosos los países desconocidos que entonces, cuando declinan las luces de la salud, se descubren, los páramos y desiertos del alma que un leve ataque de gripe desvela, los precipicios y praderas salpicadas de flores brillantes que nos revela una pequeña subida de temperatura, los robles antiguos y obstinados que se desarraigan en nosotros por obra de la enfermedad, cómo descendemos al abismo de la muerte y sentimos las aguas de la aniquilación cerrarse sobre nuestra cabeza y despertamos creyendo encontrarnos en presencia de ángeles y arpistas cuando nos sacan una muela y salimos a la superficie en el sillón del dentista y confundimos su ‘enjuáguese la boca, enjuáguese la boca’ con el saludo de la Divinidad que desde el suelo del cielo se agacha para darnos la bien-



venida; cuando pensamos en esto, como tantas veces nos vemos obligados a hacer, resulta de verdad extraño que la enfermedad no haya ocupado

un lugar, con el amor, las batallas y los celos, entre los principales temas de la literatura. Uno habría pensado que se dedicarían novelas a la gripe; epopeyas a las tifoideas; odas a la neumonía; canciones al dolor de muelas. Pero no; con algunas excepciones –De Quincey intentó algo por el estilo en *El comedor de opio*; tiene que haber un par de volúmenes sobre la enfermedad dispersos entre las páginas de Proust–, la literatura hace lo que puede para mantener que lo que le concierne es el pensamiento; que el cuerpo es una lámina de vidrio a través de la cual el alma ve con toda claridad y, si exceptuamos una o dos pasiones como el deseo y la codicia, es nulo, insignificante e inexistente”.

*Copiado de *Estar enfermo*. Virginia Woolf. Introducción Hermione Lee. Traducción: María Tena. Alba Editorial. España, 2019.

Un cuarto propio

“Pero, dirán ustedes, nosotros le pedimos que hablara sobre las mujeres y la novela, ¿qué tendrá eso que ver con un cuarto propio? Intentaré explicarlo. Cuando me pidieron que hablase sobre las mujeres y la novela me senté en la orilla de un río y me puse a pensar lo que esas palabras querían decir. Podían significar simplemente unas observaciones sobre Fanny Burney; otras sobre Jane Austen; un tributo a las Brontë y un esbozo de la casa parroquial de Haworth bajo la nieve; algunas eventuales ironías sobre Miss Mitford; una respetuosa alusión a George Eliot; una referencia a Mrs. Gaskell y asunto concluido. Pero repensándola bien, la empresa no me pareció tan sencilla. El tema *Las mujeres y la novela* puede querer decir, y ustedes pueden querer que quiera decir, las mujeres y lo que parecen; o si no las mujeres y las novelas que escriben; o tal vez las mujeres y las novelas que se escriben sobre ellas; o esas tres cosas inextricablemente mezcladas, y esto último puede ser lo



que ustedes quieren que estudie. Pero, al disponerme a adoptar esa interpretación, que me parecía la más interesante de todas, pronto advertí que tenía una desventaja fatal. Nunca podría llegar a una conclusión. Nunca podría cumplir lo que es, entiendo, el primer deber de un conferenciante: ofrecerles después de una hora de charla una pepita de verdad pura, que ustedes envolverían en las hojas de sus libretas y guardarían eternamente sobre el mármol de la chimenea. Solo puedo ofrecerles una opinión sobre un tema menor: para escribir novelas, una mujer debe tener dinero y un cuarto propio; y eso, como ustedes verán, deja sin resolver el magno problema de la naturaleza de la mujer y la verdadera naturaleza de la novela”.

*Copiado de *Un cuarto propio*. Virginia Woolf. Traducción: Jorge Luis Borges. Penguin Random House Grupo Editorial. España, 2013.

Acerca de no conocer el griego

“Pues es vano y necio hablar de conocer el griego, ya que en nuestra ignorancia debiéramos estar entre los últimos de cualquier aula de colegiales, pues no sabemos cómo sonaban las palabras, o dónde exactamente debemos reír, o cómo actuaban los actores, y entre este pueblo extranjero y nosotros existe no solo una diferencia de raza y lengua, sino una tremenda brecha en la tradición. Cuánto más extraño, entonces, es que deseemos saber griego, que intentemos conocer el griego, que nos sintamos siem-

pre atraídos hacia el griego y nos estemos formando siempre alguna idea sobre el significado del griego, aunque quién sabe a partir de qué retazos incongruentes, con qué escaso parecido con el verdadero sentido del griego.

Es obvio, en primer lugar, que la literatura griega es la literatura impersonal. Esos pocos de cientos de años que separan a John Paston de Platón, a Norwich de Atenas, suponen un abismo imposible de salvar para la vasta marea de la palabrería europea. Cuando leemos a Chaucer, nos deslizamos hasta él imperceptiblemente a través de la corriente de las vidas de nuestros ancestros y, más adelante, a medida que los documentos crecen y los recuerdos se prolongan, apenas existe una figura que no tenga un nimbo de asociaciones, su vida y sus cartas, su mujer y su familia, su casa, su carácter, su feliz o sombría catástrofe. Pero los griegos permanecen en una fortaleza propia. El hado ha sido benévolo también en eso. Los ha preservado de la vulgaridad. A Eurípides lo devoraron unos perros; Esquilo murió de una pedrada;



da; Safo saltó de un acantilado. No sabemos de ellos nada más. Tenemos su poesía, y eso es todo”.

*Copiado de *El lector común*. Virginia Woolf. Traducción Daniel Nisa Cáceres y Ana Pérez Vega. Penguin Random House Grupo Editorial. España, 2009.

Ruta callejera (Street haunting)

“Nadie quizá haya deseado con fervor un lápiz de mina. Sin embargo, en determinadas circunstancias puede resultar absolutamente conveniente poseer uno; tal es el caso de los momentos en que estamos decididos a tener un propósito, una excusa para cruzar a pie medio Londres entre la hora del té y la cena. Del mismo modo que un cazador de zorros caza para proteger la especie, y el golfista juega para que los espacios abiertos se conserven pese a los intereses de los constructores, cuando nos asalta el dese de caminar por las calles el lápiz sirve de pretexto.

—Debo comprarme un lápiz sin falta—, decimos levantándonos, como si al abrigo de esta excusa nos pudiéramos permitir con tranquilidad el mayor placer que nos ofrece la vida urbana en invierno: pasear por las calles de Londres.

Debería ser por la tarde y en invierno, ya que en esta estación se agradece el brillo color champán que adquiere el aire y la sociabilidad de las calles. Entonces, a diferencia de lo que ocurre en verano, no nos hostigan el vivo deseo de sombra y soledad y las dulces fragancias procedentes de los campos de heno. Además, la tarde nos da la irresponsabilidad que brindan la oscuridad y la luz de las farolas. Ya no somos en absoluto nosotros mismos”.

*Copiado de *Paseos por Londres*. Virginia Woolf. Prólogo: Laura Freixas. Traducción: Lluïsa Moreno. La línea del horizonte ediciones. España, 2022.

Horas en una biblioteca

“Comencemos por aclarar la antigua confusión que se da entre el hombre que ama la erudición y el hombre que ama la lectura, y señalemos cuanto antes que no existe conexión de ninguna especie entre las dos. El erudito es un entusiasta sedentario, concentrado, solitario, que busca en los libros en su afán de descubrir una determinada pizca de verdad, en la cual ha puesto todo su empeño y todo su corazón. Si la pasión de la lectura lo conquista, sus ganancias menguan y se le escurren entre los dedos. Por otra parte, un lector ha de poner coto al deseo de aprender ya desde el comienzo; si el saber se le pega, excelente, pero ir en busca del saber, leer de acuerdo con un sistema, convertirse en un especialista, o en una autoridad, es algo que tiene todas las trazas de acabar con lo que preferimos considerar como una pasión más humana, una pasión por la lectura simple y desinteresada.

A pesar de todo esto, fácilmente se puede conjurar una imagen que presta un buen servicio al hombre libresco y que suscita una sonrisa a sus expensas. Imaginamos a una figura pálida e incluso ojerosa, delgada, con una bata de vestir, perdida en sus especulaciones, incapaz de levantar una sartén del hornillo, o de abordar una dama sin sonrojarse, ignorante de las noticias del día, si bien versado en el catálogo de las librerías de lance, en cuyos recintos pasa las horas de luz diurna: un personaje sin duda delicioso en su sencillez refunfuona, aunque en modo alguno se asemeje a ese otro al que preferimos dirigir nuestra atención. Y es que el lector verdadero es esencialmente joven”.

*Tomado de *Horas en una biblioteca*. Virginia Woolf. Traducción: Miguel Martínez-Lage. Seix Barral, Editorial Planeta. España, 2016.

Joseph Conrad

“De repente, sin darnos tiempo a ordenar los pensamientos ni preparar los discursos, nuestro excepcional huésped nos ha dejado; y su desaparición sin despedida ni ceremonia va acorde con su misteriosa llegada, muchos años atrás, para asentarse en este país. Pues siempre lo rodeó un aire de misterio. Era en parte por su origen polaco, en parte por su memorable apariencia, en parte por su preferencia por vivir en las profundidades del país, lejos de los chismosos, inalcanzable para las anfitrionas, hasta el punto de que para tener noticias de él uno dependía por fuerza de los testimonios de sencillos visitantes habituados a llamar a los timbres de las puertas, que informaban de que su desconocido anfitrión tenía unos modales impecables, los ojos brillantísimos y hablaba inglés con un marcado acento extranjero.

Aun así, pese a que los difuntos tienen por costumbre acelerar y enfocar nuestros recuerdos, al genio de Conrad hay adherido algo esencial, y no por casualidad, difícil de abarcar. Su reputación en los últimos años fue, con una excepción obvia, sin duda la mejor de Inglaterra; sin embargo, no era popular. Lo leían con apasionado placer unos cuantos; a otros los dejaba fríos y aburridos. Entre sus lectores había personas de las edades y simp-

tías más dispares. Los estudiantes de catorce años, que se abrían paso entre Marryat, Scott, Henry y Dickens, se lo tragaban igual que al resto; mientras que los maduros y exigentes, que con el paso del tiempo lo habían devorado todo hasta llegar al corazón de la literatura y allí habían dado vueltas y vueltas a unas pocas y valiosísimas migajas, también servían a Conrad escrupulosamente en sus banquetes. Una fuente de dificultad y discrepancia se halla, por supuesto, en algo que ha supuesto un escollo para los hombres de todos los tiempos: su belleza. Al abrir sus páginas, uno siente lo que debió sentir Elena cuando se miró en el espejo y se dio cuenta de que, hiciera lo que hiciera, nunca, bajo ninguna circunstancia, podría pasar por una mujer del montón. Tan dotado estaba Conrad, tanto había aprendido por sí mismo, y tal era su compromiso con una lengua extraña que le había enamorado como ninguna otra por sus cualidades latinas y no tanto por su legado sajón, que parece que no quisiera ni pudiera realizar un movimiento feo e insignificante con su pluma”.

*Tomado de *Genio y tinta*. Virginia Woolf. Prólogo: Ángeles Caso. Introducción: Francesca Wade. Traducción: Ana Mata Buil. Penguin Random House Grupo Editorial. España, 2021.

¿Cómo se debería leer un libro?

“En primer lugar, quiero poner énfasis en el signo de interrogación que cierra el título de mi artículo. Aunque fuera capaz de responder esta pregunta yo sola, la respuesta tan solo se aplicaría a mí. No a vosotros. El único consejo, de hecho, que una persona puede dar a otra sobre la lectura es que no escuche ningún consejo, que siga sus propios instintos, que atienda a sus razones, que extraiga sus propias conclusiones. Si en esto estamos de acuerdo, entonces me siento libre de para presentar unas cuantas ideas y teorías, ya que no permitiréis que me aprisionen esa independencia que es la cualidad más importante que un lector puede poseer. Al fin y al cabo, ¿qué leyes se pueden elaborar acerca de los libros? La batalla de Waterloo

fue sin duda una lucha librada cierto día, pero ¿es *Hamlet* una obra mejor que *El rey Lear*? Nadie lo puede decir. Cada uno debe decidirlo por sí mismo. Admitir autoridades, por muchas prendas de piel y togas que lleven, en nuestras bibliotecas, y dejar que nos indiquen cómo debemos leer, qué debemos leer, qué valor debemos otorgar a lo que leemos, es destruir el espíritu de libertad que es el aliento de esos santuarios. En cualquier otro lugar puede que estemos obligados por leyes y convenciones; allí no tenemos ninguna”.

*Tomado de *La muerte de la polilla y otros escritos*. Virginia Woolf. Presentación: Gloria Fortún. Traducción: Lluïsa Moreno Llor. Capitán Swing Libros. España, 2010.

HOMENAJE >> VIRGINIA WOOLF (1882-1941)

600 libros. Correspondencia Strachey-Woolf

"Se admiraban por sus brillos y provocaciones, por sus juegos verbales y cierto desdén hacia *lo corriente* –la gente corriente, el pensamiento corriente, el gusto corriente–, por la erudición sin trompetas, que ambos exhibían"

NELSON RIVERA

600 libros desde que te conocí reúne la correspondencia entre Virginia Woolf y Lytton Strachey (1880-1931), escritor inglés que en su corta vida alcanzó a reinventar el género biográfico. *Queen Victoria* (1921) se estableció como un paradigma, no solo para los escritores que abordaron el género, también para los historiadores. *Roger Fry*, la biografía que Woolf escribió sobre su amigo Fry, crítico de arte y pintor, está bajo la hipnótica irradiación de Strachey.

Woolf toma la iniciativa en noviembre de 1906: le envía una breve misiva en la que le invita a conversar, junto a su hermana Vanessa (tres años mayor que Virginia), la tarde del siguiente domingo. Entonces comenzó una intensa complicidad entre ambos, que se prolongaría a lo largo de los siguientes 25 años, hasta la temprana muerte de Strachey en enero de 1931.

Aunque el carteo no se mantuvo siempre regu-



LYTTON STRACHEY / DUNCAN GRANT

lar, hay un magnetismo intelectual entre ambos, que permaneció inalterado: uno y otro rendían culto a la inteligencia. Se admiraban por sus brillos y provocaciones, por sus juegos verbales y cierto desdén hacia *lo corriente* –la gente corriente, el pensamiento corriente, el gusto corriente–, por la erudición sin trompetas, que ambos exhibían. Strachey le pregunta a Woolf: "¿Tú crees que sea necesario ser sumamente desagradable

para estar en la primera división?"

Son todavía jóvenes y no ocultan sus raptos de nostalgia (Strachey: "Ah, las aventuras. ¿Todavía se tienen en estos tiempos?"). Elogian autores, debaten sus procedimientos narrativos, se burlan de sí mismos, hablan de sus manías (Woolf: "Los huecos entre los libros son horribles"). Se cuentan los viajes, las dificultades domésticas, las idas al teatro o a la ópera. Strachey sufre del mismo déficit que Woolf: "estoy dispuesto a vender mi alma por un poco de conversación". Uno y otro quieren recibir cartas más frecuentes y extensas. Escribe Strachey: "Escribeme, si puedes, una carta larguísima, llena de relatos emocionantes y de profundas reflexiones de la vida humana. Está claro que podrías hacerlo, pero ¿lo harás? Incluso un cuarto de página sería un oasis en medio de mi desolación".

Lo que está en el trasfondo de esta amistad, y que adquiere las más diversas formas –celebración, rechazo, aceptación, disfrute– es la gratificación de la vida intelectual. Escribe Woolf en enero de 1909: "Estoy sentada junto al fuego, es cerca de medianoche, ya he acostado al perro y acabo de terminar el *Ajax*. Los antiguos me dejan perpleja: son, o bien muy profundos, o bien elementales, y cuando hay que descifrar cada palabra es imposible decidirse". A continuación le cuenta sus encuentros ("Ayer vi a Henry Lamb, con sus malignos ojos de cabra"), las visitas, noticias de las vidas de amigos y conocidos.

No faltan aquí el cotilleo, los rumores, las anécdotas reproducidas –o distorsionadas– bajo el aliento de la exageración, el anhelo de que aparezcan "nuevas criaturas". Van y vienen los libros prestados, las recomendaciones. Virginia elogia su trabajo como escritor.

En febrero de 1909, ocurrió un episodio que no alteró el sofisticado vínculo que los unía: Strachey, que era homosexual, le propuso matrimonio a Virginia, quien, a su vez, aunque no esta-

ba enamorada, aceptó. No tardaron –aunque en este epistolario no se aclara cómo– en deshacer el entuerto y continuar, especialmente Woolf, ejercitando sus látigos verbales: "La pobre languidecerá como un lagarto enfermo y amarillo"; "Parece que le hicieron radiografías de todos los órganos solo para comprobar que está llena de leche agria".

Cuando llega 1912, a las pocas semanas de haber estado interna en una casa de reposo –febrero–, tras casarse con Leonard Woolf, Virginia le escribe una carta desde Tarragona –uno de los capítulos de su luna de miel–, donde habla de Dostoiévski como el "mayor escritor que haya existido jamás". En una carta de ese mismo año, noviembre, escribe una frase en la que elogia a su padre: al hombre y a sus libros.

En el conjunto de los intercambios, en la prosa de ambos, son recurrentes el intercambio de tres fuerzas. Una, de orden estético, de amor por la belleza, la elegancia, el buen gusto, en oposición a lo vulgar, lo mediocre, lo obvio. Otra, que es un sello reconocible de la correspondencia que conozco de Woolf, que es la sorprendente agilidad estilística, la práctica saltamontes que le permite saltar y girar de un tema a otro, de las nimias demandas de la cotidianidad, a las reflexiones más sesudas sobre el quehacer literario.

La tercera fuerza es la de la franqueza, tamizada por el filtro del humor. Le escribe ella a él: "Además, para ser sincera, los rumores de tu éxito han envenado mi paz incluso aquí. Escríbeme, y cuéntame cuán resonante ha resultado, cuántos ejemplares han vendido, cuántas guineas, cuántas condesas, cuántos elogios, y si, en el fondo, sigues siendo el mismo". ☺

**600 libros desde que te conocí. Correspondencia. Virginia Woolf, Lytton Strachey. Traducción: Socorro Giménez. Jus editores, Malpaso Holdings. España, 2023.*

"Los libros de segunda mano son libros salvajes"

"Woolf estaba dotada de una capacidad de observar fuera de lo común. Pero no es ese el quid de su magia. Su magia consiste en el modo de inmiscuirse en lo real. Su talento para penetrar tras la superficie, sin romper las membranas. Caza y pesca al vuelo, pero eso no es todo: está la sensibilidad que detecta, que presume de modo revelador, que descubre las pequeñas tragedias del desenvolvimiento humano, también los pequeños triunfos"

NELSON RIVERA

Sigamos los procedimientos del ensayo con que arranca el libro: "Ruta callejera". Comparte su motivación: quiere comprar un lápiz de mina. La búsqueda hace posible disfrutar del placer invernal de pasear por Londres. Cualquier pretexto es una buena causa. Anota la hora: entre el té y la cena. Cada hora tiene un color. Con el declive de la luz "ya no somos en absoluto nosotros mismos". Camina y toma nota de las particularidades, de los movimientos que se producen en la calle, siempre en tensión con la soledad que ha dejado en su casa.

Cuando la narración está a punto de alcanzar un punto muerto, el ataque Virginia Woolf: el brillo de una frase improbable o una escena proveniente de su imaginación. A menudo esa escena surge de uno de los fondos más habitados de su inteligencia creativa: lo posible, lo que podría ocurrir, *el tal vez, el acaso, los quien sabe si*, con que crea momentos que cautivan al lector, hasta el instante en que, también de forma súbita, nos devuelve a la realidad: "Al pasar al lado de la verja de hierro, uno siente esos leves crujidos y susurros de hojas y ramitas que parecen intuir el silencio de los campos de todo alrededor, el ulular de un búho y, muy a lo lejos, el traqueteo de un tren en el valle. Pero nos recuerdan que esto es Londres".

Y sigue: imagina lo que hay en las proximidades; suma a la narración las imágenes sorprendidas; ante ciertos hechos, en los que los sentidos resultan limitados, hay que detenerse para "escarbar más de lo que la vista aprueba". La escena de una enana que entra en una zapatería acompañada de dos mujeres, desata el impulso de la narradora: "Nos detenemos ante la puerta de una zapatería y nos inventamos cualquier pequeña excusa, que nada tiene que ver con el motivo real, para apartarnos de la reluciente parafernalia de las calles y retirarnos a una es-

tancia más oscura del ser donde quizá nos preguntemos, mientras levantamos el pie obedientemente sobre la banqueta: "¿Y cómo es, pues, ser una enana?"

De las personas, Woolf crea personajes callejeros. De los simples datos que captura con sus sentidos (provenientes de una Londres que tiene algo de esperpéntico), arma momentos de fantasía –no muy extensos–, para regresar, sin preámbulos, a la realidad de su paseo. Cualquier incidente le sirve para dibujar una atmósfera. Especula. Se hace preguntas que no tienen respuesta. Ejercita sus juegos mentales. Advierte: no es paseante el portador de los absurdos. Es la ciudad la que los contiene a cada paso. Elogia los matices de lo humano, las variaciones del yo ante los distintos estímulos, y así llega a la calle donde están las librerías de viejo: "los libros de segunda mano son libros salvajes, sin hogar".

Imagina cómo es la vida de un librero, escribe un párrafo sobre las promesas que guardan los libros ("El pensamiento, las anotaciones, las exposiciones discurren a un ritmo prodigioso a nuestro alrededor..."), hasta que debe continuar con su camino: "El número de libros que existe en el mundo es infinito, y uno se ve obligado a vislumbrar, a asentir con la cabeza y a retomar la marcha tras un instante de conversación, un fugaz momento de comprensión cuando fuera, en la calle, uno caza una palabra al pasar y a partir de una frase casual se inventa una vida entera".

En este "Ruta callejera", como en tantísimos de sus otros ensayos, Virginia Woolf lo invierte todo. Me refiero a las dotes y habilidades de su inteligencia prodigiosa. En estas páginas puede constatar: Woolf estaba dotada de una capacidad de observar fuera de lo común. Pero no es ese el quid de su magia. Su magia consiste en el modo de inmiscuirse en lo real. Su talento para penetrar tras la super-



UN GRUPO EN NEWINGTON HOUSE / ROGER FRY

ficie, sin romper las membranas. Caza y pesca al vuelo, pero eso no es todo: está la sensibilidad que detecta, que presume de modo revelador, que descubre las pequeñas tragedias del desenvolvimiento humano, también los pequeños triunfos, los hechos de la humanidad que viven en todas partes, hechos con los que ella podía establecer una conexión sensible, simplemente sobrecogedora.

Paseos por Londres (La línea del horizonte ediciones, España, 2022) es una creación editorial: además de catorce textos protagonizados en alguna medida por Londres –el ya mencionado "Ruta callejera", 10 artículos de distinta extensión y tres relatos que tienen a la ciudad como su escenario: "Kew Gardens", "La duquesa y el joyero", y "Señora Dalloway"– escritos en distintas épocas, el volumen despliega otros 29 textos breves, piezas informativas que añaden contexto a la obra de Woolf: sobre su biografía y la de su hermana, Vanessa Bell; sobre el Grupo de Bloomsbury; sobre la editorial, Hogarth Press, que fundó junto a su esposo, Leonard Woolf; sobre sus viajes; sobre algunas tradiciones como la ceremonia del té; sobre las librerías londinenses y más.

En el prólogo, Laura Freixas se refiere al factor que hace posible este volumen: a Woolf le gustaba Londres. La vitalidad urbana, que Londres fuese como un centro del mundo, pero también un lugar de paso, un punto en el que confluía el movimiento, las conversaciones y la inagotable diversidad humana. En su artículo dedicado a los músicos callejeros, escribe: "Los artistas de todo tipo siempre han sido vistos con desagrado, especialmente por los ingleses, no solo por las eccentricidades del temperamento artístico, sino porque hemos sido entrenados con tal perfección en la ocultación civilizada que cualquier tipo de expresión tiene, al respecto, algo casi indecente, irritante (...) El artista no solo es visto con desprecio sino con la sospecha de ser alguien carente de miedo. Está poseído por un espíritu inasible para el común de los mortales, aunque claramente poderoso y ejerce un dominio tan grande sobre él que cuando escucha su voz no puede hacer sino levantarse y seguirla". ☺

**Paseos por Londres. Virginia Woolf. Prólogo: Laura Freixas. Traducción: Luíssa Moreno. La línea del horizonte ediciones. España, 2022.*

HOMENAJE >> VIRGINIA WOOLF (1882-1941)

¿Es realmente cierto que piensas que tengo mal carácter?

La selección de 119 cartas realizada por la ensayista y crítica literaria Nora Catelli –de las 3800* que contiene la edición inglesa de la *Correspondencia de Virginia Woolf*– están dirigidas exclusivamente a mujeres, salvo 2 muy breves, cuyo destinatario fue Leonard Woolf, su esposo, en las que se despide antes de entrar en el río Ouse con su abrigo cargado de piedras



AUTORRETRATO / VANESSA BELL

NELSON RIVERA

Buena parte de las que Nora Catelli seleccionó para esta antología son cartas de mediana o larga extensión. Piezas de prosa en la que Woolf despliega su plástico instrumental de escritora: comienzos sorprendidos y ágiles (“La modestia me exige declarar que debes estar harta de mi letra” o “Sí, como dices, resulta extraño cómo a la poblada noche sigue el día vacío”); párrafos de exquisita elocuencia (“No voy a hacer nada, salvo sentarme al sol, comer enormemente y mirar paisajes. Así viajo yo. Mirando, mirando, mirando y buscando frases que puedan competir con las nubes. Es la pasión de mi vida. No sabes lo loca y crepitante que se pone mi cabeza cuando no la llevo al Sur, donde las cosas tienen un toque de rojo y azul y no naufragan en una grasa pálida, como aquí”); raptos sobre la propia vida (“Pero piensa cómo fui educada! Sin escuela, ramoneando melancólicamente entre los libros de mi padre, sin tener nunca la oportunidad de experimentar las cosas que pasan en las escuelas: arrojar una pelota, dar tirones, hablar en jerga, la vulgaridad, las escenas, los celos...”); frases en las que ejerce uno de talentos indiscutibles, el del latigazo maledicente (“Me producen la impresión de rosados paños de cocina que han estado colgados toda la noche bajo la lluvia”).

En estas cartas –119 del total de 3.800 que tienen los seis volúmenes de su correspondencia completa editada en inglés–, el espacio mental predominante es el doméstico: los asuntos del hogar, el trabajo de Hogarth Press –la editorial que tenía con su esposo Leonard Woolf–, episodios sobre las sirvientas, los visitantes, los invitados, los paseos fuera de casa, las tensiones o carestías generadas por la guerra; el ámbito de las relaciones familiares, amorosas o amistosas, fundamental en la armazón psíquica de Virginia Woolf (“Si me quitan mi amor por mis amigos y mi ardiente y urgente sentimiento de la importancia y amabilidad y curiosidad de la vida humana no sería más que una membrana, una fibra descolorida, inerte, para ser apartada como cualquier desecho”); y, un carácter esencial: las cartas son uno de los métodos de Woolf dispuesto para pensarse, explicarse, definirse (“creo que subestimas groseramente la intensidad de mis sentimientos. Son tan fuertes, hay tales cavernas de horror y melancolía que se abren en torno a mí, que no me atrevo a mirar”).

“Todos hacemos lo mismo”

Si se clasifican por su destinatario, un primer lote está constituido por las 35 dirigidas a Vanessa Bell, su hermana: cartas llenas de complicidad y chismorreos, de reclamos y celebración, escenas de la cotidianidad, recapitulación de los encuentros sociales y de la marcha de los asuntos de casa. Muchas se presentan como un reporte de chismes. Incluso, en algunas oportunidades, Woolf se excusa por no ofrecer la cantidad y la calidad de chismografía que se espera de ella.

Pero no es todo: se habla de viajes, mudanzas, planes para encontrarse, de la salud de los amigos, de lo que otros opinan del trabajo de Vanessa como pintora, también de las fluctuaciones del ánimo, de los dimes y diretes entre los miembros de Bloomsbury que, además de



“
las 35 dirigidas a Vanessa Bell, su hermana: cartas llenas de complicidad y chismorreos, de reclamos y celebración, escenas de la cotidianidad”

una rica fuente de conversación cultural, era en no poca medida, un nido de serpientes, círculo donde los secretos dejaban de serlo al instante, donde los malentendidos prosperaban, pero también donde no faltaba el coraje para los ca-reos: “¿Es realmente cierto que piensas que tengo mal carácter? Así lo admiten algunos de los cuervos de Bloomsbury, aves de la oscuridad. A lo cual yo contesto, vanidosa, megalómana y egoísta, que puede ser..., pero que mi carácter (como ratificará mi esposo) es angelical”.

En otra carta –también dirigida a Vanessa–, cuando le habla de la correspondencia de Lytton Strachey –había fallecido tres meses antes–, que estaban en poder de su hermano James Strachey, le comenta: “James es albacea de Lytton, y ha encontrado un montón de poemas y obras teatrales, la mayoría inconclusos, además de cajas y cajas de cartas. Le aconsejamos que mandara mecanografiar las cartas y las hiciera circular entre nosotros. Afirma que Lytton decía cosas muy desagradables de todos

nosotros. Pero como todos hacemos lo mismo, no veo que tenga importancia”.

Preámbulo de la guerra

En dos cartas a Vanessa Bell –1 de octubre y 3 de octubre de 1938– Virginia Woolf habla de la alta tensión previa, cuando no se sabía si Inglaterra entraría en guerra con Alemania. Ambas son documentos de antología, por lo que revelan de la atmósfera anímica que se sentía en la ciudad: “Nunca hemos pasado tiempos como este. El fin de semana pasado estábamos en Charleston, muy melancólicos. El lunes la melancolía aumentó. Llovía a cántaros. Por la mañana llamó Kingsley Martin para insistir en que L. debía ir a Londres de inmediato y hacer un intento desesperado por unir a laboristas y liberales, no se sabía muy bien para qué. Pero parecía muy angustiado, así que metimos ropa de noche en una bolsa y partimos. Londres estaba febril y sombrío y al mismo tiempo desesperado, no obstante cínico y calmo. Las calles estaban atestadas. Por todas partes había gente hablando en voz alta de la guerra. Por las calles había montones de bolsas de arena, además de hombres cavando trincheras, camiones transportando tablones, coches con altavoces que pasaban despacio y exhortaban solemnemente a los ciudadanos de Westminster a ir y probarse las máscaras de gas”.

Palabras para seducir

Un segundo lote de 33 cartas, versátil y ansioso, es el dirigido a Vita Sackville-West, novelista y poeta. Aunque la supuesta atracción entre ambas se había disuelto en 1921, Woolf siguió enviando –y recibiendo, suponemos– cartas de vuelo seductor, de juegos de lo que fue y de lo que podría ser, tensadas entre el humor y los reclamos, y en las que, a veces, afloran los celos: “Sí, realmente quiero escribirte porque quiero saber qué pasa. Pero dicho eso ya no tengo nada que decir. ¡Eso es porque estás enamorada de otra, maldita seas! Y sin embargo, ¿no soy una naturaleza agradable como una bandada de pájaros que se posan de vez en cuando? Dios sabe que tenía intención de disculparme por ser tan estúpidamente aburrida, obtusa, soñolienta y fatigosa aquella noche en Kings Beach. Me dije: no es sorprendente que Vita ya no te ame porque la aburres y si hay algo que el amor no puede soportar es el aburrimiento”.

Debate con Ethel Smyth

En 1929 Virginia Woolf conoció a Ethel Smith: famosa compositora, autora de óperas (fue la primera mujer cuya obra se escenificó en el Metropolitan Opera House de New York), sufragista, miembro de la Unión Política y Social de las Mujeres, autora de la música del himno del movimiento sufragista y mujer de acción, siempre lista para las controversias (una vez estuvo siete semanas detenida por participar en una protesta que consistía en romper los vidrios de las oficinas de los políticos que se oponían al sufragismo).

Tenía 71 años cuando conoció a Virginia Woolf, entonces de 47. Se enamoró intensamente. Las cartas a Smyth incluidas en esta antología, producen la sensación de que Woolf sentía curiosidad por la “dominante y soberbia” personalidad de Smyth –tan distinta a la sofisticación suya–, gratificaba a su vanidad el interés erótico-pasional que aquella poderosa mujer sentía por ella, disfrutaba del intercambio intelectual que iba y venía sobre sus respectivas actividades, pero no estaba enamorada, en los términos que Smyth deseaba. Sin embargo, la amistad y el cartero entre ambas continuaba.

Por sí mismas, las 60 cartas que se reproducen en esta antología, comprendidas entre el 27 de febrero de 1930 y el 1 de febrero de 1941, no solo documentan el sobrecargado intercambio de elogios que las dos se hacían, sino que muestran –a pesar de que no contamos con las cartas de Ethel Smyth, que era, sin duda, quien llevaba el timón de la amistad–, las diferencias –me parece que eran diferencias tectónicas– que permanecían no muy lejos de la superficie, y que en algún momento produjeron un inusual giro en las cartas de Woolf: la aparición de un tono afirmativo, de toma de posiciones, como de reivindicación de la personalidad, ante el interrogatorio y los cuestionamientos de Smyth.

Woolf desde su trinchera

En varias de las cartas de 1930, Woolf envuelve a Smyth de alabanzas. Insiste en que quiere verla, conversar largamente, tomar té juntas (“Quiero hablar, hablar y hablar” le dice en una carta del 27 de febrero de 1930). Elogia su

cordura. Como si le dijera: *tú eres lo que yo no soy, tú eres lo que me hace falta*.

Woolf le habla de lo que le atrae de ella, pero establece algunos límites: se refiere a Leonard a menudo (“el angelical Leonard”), lo cita (“Leonard dice”), rechaza las sugerencias de Ethel (“no acusaré a Leonard de castrar mis alegrías”), le reitera que son felices (“Sí, hasta el pobre Leonard, cuyo corazón atravieso diariamente con acero al rojo, es divinamente feliz aquí”), al tiempo que le pide que le escriba con la mayor frecuencia que sea posible. En varias de las cartas, además, Woolf le informa de las dificultades que tiene para encontrarse con ella: está enferma, tiene visitantes, el clima puede afectar la salud de Smyth. Y así.

A partir de abril de 1930 aparece una corriente que gana espacio creciente en las respuestas de Woolf a Smyth: se explica a sí misma, reconoce debilidades, se autodefine, como si su interlocutora, en medida creciente, la interrogara, la cuestionara. Es posible que Smyth escribiera en tono inquisitivo –agresivo, cabe decir–, en la medida en que entendió que su enamoramiento no era ni sería correspondido.

El 6 de abril de 1930, Woolf responde: “Ethel, creo que tienes toda la razón. Supongo que soy una maldita intelectual. No sé nada de mí misma”. El 22 de junio: “siempre fui sexualmente cobarde (...) Mi terror a la vida siempre me ha mantenido en un convento”. El 16 de julio: “con cada año que pasa estoy inmersa en mis propios jugos y no puedo evitarlo”. El 15 de agosto, dos frases importantes: una: “pensar que lo único que quiero es el edredón no es un diagnóstico exacto de mi pensamiento”. Dos: “donde la gente se equivoca es en estrechar y clasificar perpetuamente estas pasiones increíblemente complejas y abarcadoras, atravesándolas con palos, haciéndolas pasar entre biombos. ¿Pero cómo defines Perversidad? ¿Cuál es la línea divisoria entre amistad y perversión?”. El 28 de agosto: “Soy vanidosa por naturaleza, pero también quisquillosa en la misma proporción. Quiero decir que adoro gustar, pero cuando veo lo generosa, libre y orgullosa que eres siento (creo que es verdad) que no soy digna de ello”.

Woolf a la ofensiva

La del 11 de marzo de 1931 es una carta aclaratoria (y como toda carta aclaratoria está agobiada de pesar). Tres semanas atrás (24 de febrero) se había realizado una fiesta en honor a Ethel Smyth, a la que Woolf asistió “arrastrada”. La carta es una revulsión, un estomacal rechazo a la impostura del homenaje, pero sobre todo, es la reacción perpleja de la escritora al constatar que Smyth disfrutaba de aquella parafernalia: “que haya gustado la fiesta, a ti, que eres incorruptible, sincera, vehemente. *A Ethel le gusta esta clase de cosas*, dije, y me sentí llena de desilusión y me abandonó toda fe. *Y ha planeado esto y, lo que es peor, me ha sometido a ello. Nos separan abismos*. Y me sentí traicionada –yo, que te hablo tan libremente de mis debilidades–, yo, para quien esta charla y ruido sobre cualquier arte, música, pinturas, que no comprendo... es una abominación. ¡Y todos esos ancianos mayordomos, pares, champán y pastas azucaradas! Me parecía que por pura extravagancia me infligías esta indignidad sin razón alguna, y yo estaba atrapada allí y traicionada y obligada a sonreír ante nuestra condena (...) Por lo tanto, me fui a casa más sacudida y mareada y fuera de contacto con la realidad de lo que he estado en años”.

Días después, el 7 de abril: “Ethel, ¿creíste que era tan ciega como para decir que tú, entre todos, habías vencido el egotismo? Es solo que lo cabalgas con tanta magnificencia que a una no le importa si es egotismo o altruismo..., lo que envidio es tu falta de prevención, no tu generosidad”. Más adelante, en la misma extensa carta, añade, como respuesta al reclamo de Smyth, de su falta de compromiso con las mujeres músicos: “Ensancharé mi mente y veré si puedo abrazar la urgente causa de la necesidad y justicia de tus procedimientos relacionados con orquestas femeninas. Jamás dije que estuvieras obsesionada; lo único que dije fue que odio todos los apriorismos. ¿Qué sentido tiene decir: esto es verdad, si nada es verdad, salvo que algunos sonidos y formas son más agradables que otros? No hay opiniones verdaderas (...)”

*La Sociedad Virginia Woolf ha cuantificado más de 8 mil cartas de la escritora, dirigidas a unas 2 mil personas, aproximadamente.

***Cartas a mujeres*. Virginia Woolf. Selección y prólogo: Nora Catelli. Traducción: Susana Constante. Editorial Lumen, España, 1991.

HOMENAJE >> VIRGINIA WOOLF (1882-1941)

Roger Fry: Virginia Woolf biógrafa

"En diciembre de 1884 ocurrió el hecho que cambiaría su vida: fue admitido en Cambridge. Recibió una beca para estudiar ciencias"

NELSON RIVERA

Roger Fry le escribe a su padre el 21 de febrero de 1888. Tiene 22 años. Sus estudios científicos, en la Universidad de Cambridge, son los de un alumno notable. Pero no es lo que le interesa. Fry quiere pintar. Ha consultado a un profesor sobre la perspectiva del arte como profesión. "Me aconsejó que, si era lo bastante importante para mí, le pidiera a usted que me dejara probarlo durante un par de años y al final de ese período, dice, cree que estaré en condiciones de determinar cuáles son mis aptitudes y si merece la pena continuar".

Nació en diciembre de 1866. El padre y la madre eran cuáqueros y provenían de familias que lo habían sido por varias generaciones: un mundo endogámico y rígido, distinto de todo cuanto los rodeaba, en el que no faltaban personas cultivadas. Adinerados, participaban en sociedades que debatían cuestiones de ciencia y literatura. Se reunían para hablar de los libros que hablaban sobre sus temores hacia la modernización del mundo.

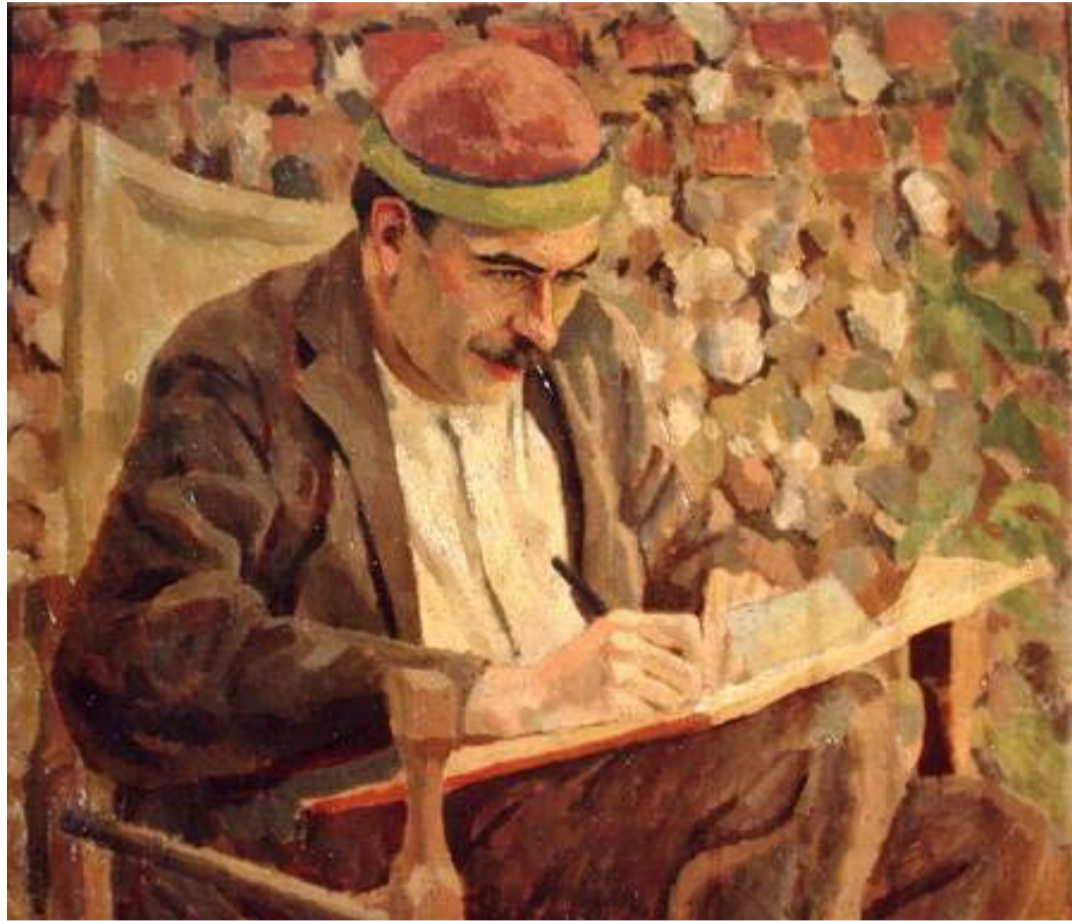
Al pequeño le gustaba la naturaleza y muy temprano se sintió atraído por las preguntas de la ciencia. Era sensible y entendía las limitaciones del credo familiar. Respetaba y temía a sus padres. Tímido, ello no le impedía ejercer su potente inteligencia. Los castigos físicos que vio en su escuela le llenaron de un profundo rechazo a la violencia. En 1881 tenía 15 años e ingresó a una escuela en Clifton donde expandiría su interés en las ciencias. La amistad con John Ellis McTaggart (que más adelante se convertiría en el autor del fundamental *La irrealidad del tiempo*) comenzó a desafiar la preceptiva que le había sido inculcada en su familia. Hacían largas caminatas y conversaban. Fry pasaba desapercibido. La rebelión todavía no ascendía a la superficie.

En diciembre de 1884 ocurrió el hecho que cambiaría su vida: fue admitido en Cambridge. Recibió una beca para estudiar ciencias. La afición y reveladora prosa de Virginia Woolf se desliza para narrar la expansión sensitiva, intelectual y humana de Fry. La conformación de amistades que lo serían para el resto de la vida. El encuentro con personas de la talla de Edward Carpenter, Bernard Shaw y otros, mientras crecía en él una indeclinable pasión por la pintura y las artes.

Mundo por ver

La respuesta de su padre a la carta constituyó un avance, pero no en los términos a los que Fry esperaba: el acuerdo consistió en que seguiría sus estudios científicos y dedicaría parte de su tiempo a la pintura. De allí en adelante las relaciones con sus padres no tendrían la fluidez anterior: Fry les había hecho saber que aspiraba a una vida muy distinta a la que ellos deseaban. A partir de 1891 comenzó a viajar-para-ver. Más que una rutina práctica profesional, ver ciudades, paisajes y museos, pero sobre todo ver cuadros, se convertiría en una segunda respiración. Con el tiempo, mirar sería equivalente a vivir.

Viajaba con sus amigos. Iba de una ciudad a otra. Conocía a los notables de la crítica del arte (como John Addington Symonds). Se sentaba a conversar: los cafés ya eran una de las más nobles instituciones europeas. El cosmopolitismo campeaba a sus anchas. Las técnicas pictóricas estaban en el centro de sus anotaciones. En 1892 se mudó a Chelsea. Su pintura no encontraba acogida: ni lugares adecuados para exponer ni compradores para sus cuadros. La personalidad del hombre dispuesto a defender sus ideas se configuraba: nunca abandonó su talento de espíritu abierto (temía convertirse en un fósil) pero a todos los que le escuchaban les resultaba llamativo su modo de argumentar. Los cursos que dictaba, rápidamente encontraron acogida. Viajaba, pero también ejercía oficios artesanales para poder vivir como restaurador o diseñador. A pesar de la oposición de su familia, en diciembre de 1896 se casó con Helen Combe, también artista. Aquel fue un tiempo feliz para ambos. Viajaban y veían cuadros. Leían jun-



JOHN MAYNARD KEYNES / ROGER FRY

tos. Lo compartían todo. Hasta que, tras unos primeros síntomas, la locura se manifestó en Helen.

Bisagra entre obra y público

Mientras cuidaba a Helen, trabajaba y pintaba. Luego de una temporada, ella comenzó a mejorar. Tuvieron dos hijos, Pamela y Julian. En 1910 Helen agravó y desde ese momento hasta su muerte vivió en un hospital psiquiátrico. Fry lo hacía todo: cuidaba de su esposa, educaba a sus hijos, daba cursos y conferencias, escribía sobre los cuadros (escribe Woolf: "cada cuadro parece ocupar su sitio, de modo que tenemos la sensación de participar en un continuo viaje de descubrimiento bien planificado"), polemizaba, en su interior adquiría fuerza el sentimiento de que había que construir la bisagra entre obra y público, entre artista y espectador.

Fry tenía un don: vislumbraba el porvenir. Avizoraba. Interpretaba. Diferenciaba. Defendía la posición de que el crítico debe atender más a la sensibilidad que al conocimiento. Publicaba reseñas de libros, dictaba conferencias ante públicos que crecían. Pintaba sin encontrar resonancia. Le encargaban la compra de cuadros. Le contrataban para garantizar la autenticidad de las obras. Y viajaba: sus cartas, numerosísimas, estaban pobladas de cuadros. No cesaba de comentarlos uno a uno. No creía en los expertos. La vivacidad de sus comentarios hacía que sus corresponsales sintieran que tenían el cuadro enfrente. Su reputación de conocedor se irrigeaba por todas partes.

El Grupo de Bloomsbury

Cuatro años antes de publicar su biografía de Virginia Woolf, Quentin Bell (1910-1996) publicó el ensayo *El Grupo de Bloomsbury*. Han transcurrido más de cinco décadas de la aparición de uno y otro libro –el ensayo es de 1968 y la biografía de 1972–, y ambos han mantenido el estatuto de irrenunciables: continúan siendo las vías irremplazables para aproximarse a la complejidad vital de Virginia Woolf, y para comprender el carácter no sistemático ni formal del Grupo de Bloomsbury.

¿Qué fue entonces Bloomsbury? Una conversación. La conversación de un grupo de amigos, reunidos alrededor de las hermanas Stephen –Virginia Woolf y Vanessa Bell–, que congregó, en su núcleo a Roger Fry, John Maynard Keynes, Duncan Grant, Saxon Sydney Turner, Leonard Woolf, Lytton Strachey, Clive Bell, Adrian Stephen, Desmond MacCarthy, Molly MacCarthy y David Garnett, y al que podrían agregarse más nombres de amigos que tenían alguna relación con los miembros de esta conversación.

Enunciado en estos términos –esencialmente, una conversación– Bloomsbury no tenía una forma definitiva –crecía, se encogía, volvía a expandirse–, tampoco tenía un programa, ni un temario. "No poseía nada parecido a una credencial de pertenencia, ni reglas, ni dirigentes; a duras penas se puede decir que tuviese ideas comunes en relación con el arte, la literatura o la política, y aun cuando tenía, creo, una actitud común con respecto a la vida y contaba con el vínculo de la amistad, Bloomsbury era

A pesar de que aquí y allá le reconocían sus innumerables atributos, no le resultaba fácil responder a las preocupaciones de sus padres. Una serie de avatares, que Virginia Woolf narra en sus diversas corrientes, lo condujeron al cargo de curador de pinturas del Museo Metropolitano de Arte de New York, que ejerció entre 1906 y 1910. Cruzó el Atlántico y quedó asombrado con la sofisticación, el buen gusto y la avidez de las capas ilustradas de Estados Unidos. También fue sorprendente enterarse de que era una especie de celebridad.

Las dos exposiciones

1910 fue un año determinante en su vida: debió internar a su esposa en el psiquiátrico, dejó New York para volver a Londres, curó la exposición *Manet y los postimpresionistas* en las Grafton Galleries, que reunió en Inglaterra por primera vez, las obras de Gauguin, Manet, Matisse, Picasso y Van Gogh. El vendaval se desató imparable. "No menos de cuatrocientas personas visitaban la galería a diario. Y expresaban su opinión no solo al secretario, sino también en cartas dirigidas al propio director. Decían: los cuadros eran de mal gusto, anárquicos e infantiles. Constituían un insulto al público británico y el responsable del insulto era un necio, un impostor o un tunante". Virginia Woolf se adelanta a nuestra perplejidad: hoy cuesta entender que aquellos artistas cuyas obras son fundamentales en el siglo XX, hubiesen ocasionado esa reacción. Fry sufrió el rechazo de las clases cultas de Inglaterra, pero a cambio los jóvenes



Biblioteca Virginia Woolf Roger Fry



Lumen

pintores se aglutinaron en torno a su figura.

En 1912 organizó una segunda exposición, lo que ratificó cuánto confiaba en el poderío de los cambios que estaban ocurriendo en el modo de representar el mundo. Su fijación con los postimpresionistas modificó su modo de pensar la pintura y también su propia pintura. Mientras atendía a estos múltiples frentes, escribía largos ensayos, estudios sobre pintores (como los que dedicó a Cézanne, Matisse, Bellini, la pintura británica, el arte francés), participa en tertulias y la amistad del llamado Grupo de Bloomsbury. Sus capacidades como conferencista adquirieron proporciones míticas. No paraba de trabajar, lo que alcanzó su apogeo cuando en 1913 creó los Talleres Omega, especializados en diseño y aplicaciones artísticas. "Cocinaba; lavaba los platos; hacía cerámica; diseñaba alfombras y mesas; enseñaba los Talleres Omega a los visitantes; encontraba trabajo a los objetores de conciencia; los defendía ante los políticos; hacía todo lo posible por pagar 30 chelines semanales a sus artistas". Finalmente, la precariedad causada por la Primera Guerra Mundial acabó con aquel magnífico experimento. En marzo de 1919, el mismo Fry subastó las piezas que quedaban.

Final

Los últimos diez años en la vida de Fry fueron extraordinarios. Se había convertido en un hombre del espíritu. Practicaba una vida desinteresada, disfrutaba de los dones. Su conversación iba de los cuadros al ajedrez, de los paisajes a Mallarmé. A pesar de las dificultades, no se cerró a nada. En 1926 conoció a Helen Anrep, quien sería su compañera hasta su muerte, causada por un infarto.

Cuenta Virginia Woolf que, si Fry era persuasivo en sus libros, como conferencista era exquisito y cautivador. Y es con un fragmento de esos momentos mágicos, con el que me propongo cerrar este comentario: "Todo lo había dicho y hecho una y otra vez en sus libros. Pero había una diferencia. Cuando la siguiente transparencia se deslizaba en la pantalla, se producía una pausa. Roger Fry contemplaba de nuevo el cuadro. Y luego, en un instante, encontraba la palabra que deseaba; añadía de forma impulsiva lo que acababa de ver como si fuese la primera vez. Ese era, quizás, el secreto de su influjo sobre el público. Este tenía la oportunidad de ver cómo brotaba y se configuraba la sensación; Roger Fry lograba develar el momento mismo de la percepción. Así, con pausas y borboteos, el mundo de la realidad espiritual surgía transparencia tras transparencia –en Poussin, en Chardin, en Rembrandt, en Cézanne–, con sus cimas y valles, todos relacionados, todos provistos de algún modo de integridad y plenitud, sobre la gran pantalla de Queen's Hall. Y, al final, tras una larga mirada a través de las gafas, hacía una pausa. Señalaba una de las últimas obras de Cézanne y parecía desconcertado. Meneaba la cabeza; apoyaba la vara en el suelo. La obra –decía– escapaba a cualquier análisis que él pudiera hacer. Y en consecuencia, en vez de decir 'Siguiente transparencia', hacía una inclinación y el público salía a Langham Place".

**El Grupo de Bloomsbury*. Quentin Bell. Traducción: Ignacio Gómez de Liaño. Penguin Random House Mondadori, España, 2021.

**Roger Fry*. Virginia Woolf. Editorial Lumen. España, 2015.